

FÁBULAS CASTELLANAS

Selección hecha

por

NARCISO ALONSO CORTÉS



BURGOS

HIJOS DE SANTIAGO RODRÍGUEZ

~~812~~

~~2486~~

JE 14 / 288

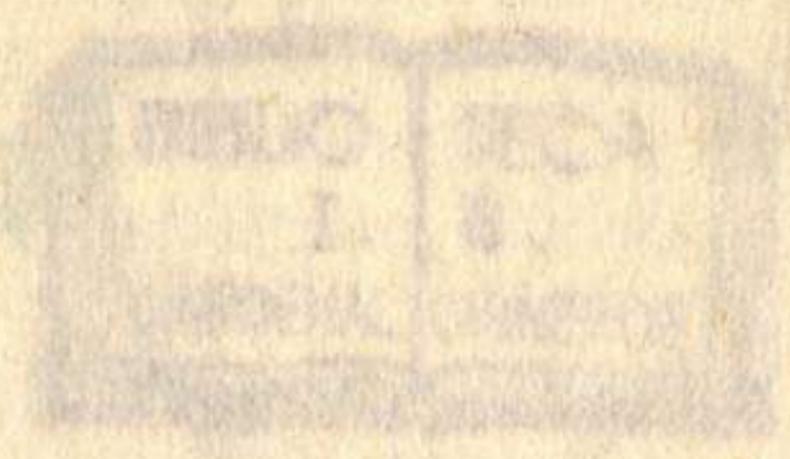
3714/288

FÁBULAS CASTELLANAS

SELECCIÓN DE...

NARCISO ALONSO CORTES

FABULAS CASTELLANAS



FABRILLAS CASTELLANAS

JE14 / 288

FÁBULAS CASTELLANAS

SELECCIÓN HECHA POR

NARCISO ALONSO CORTÉS



R. 6588

VALLADOLID

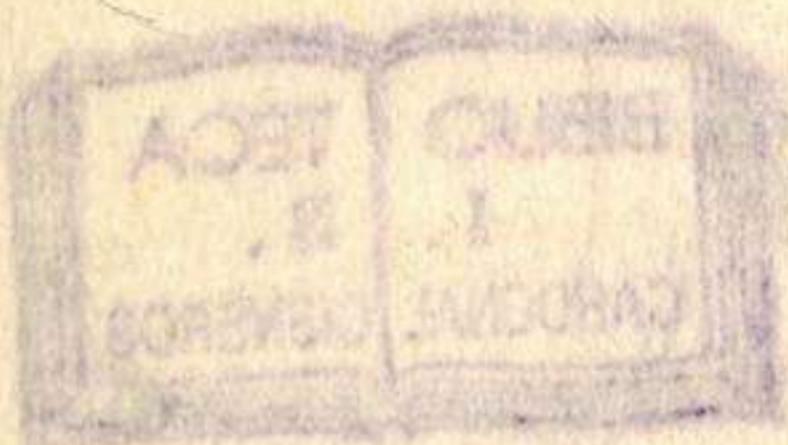
IMPRENTA DEL COLEGIO SANTIAGO

1923

FÁBULAS
CASTELLANAS

SELECCIÓN HECHA POR

NARCISO ALONSO CORTÉS



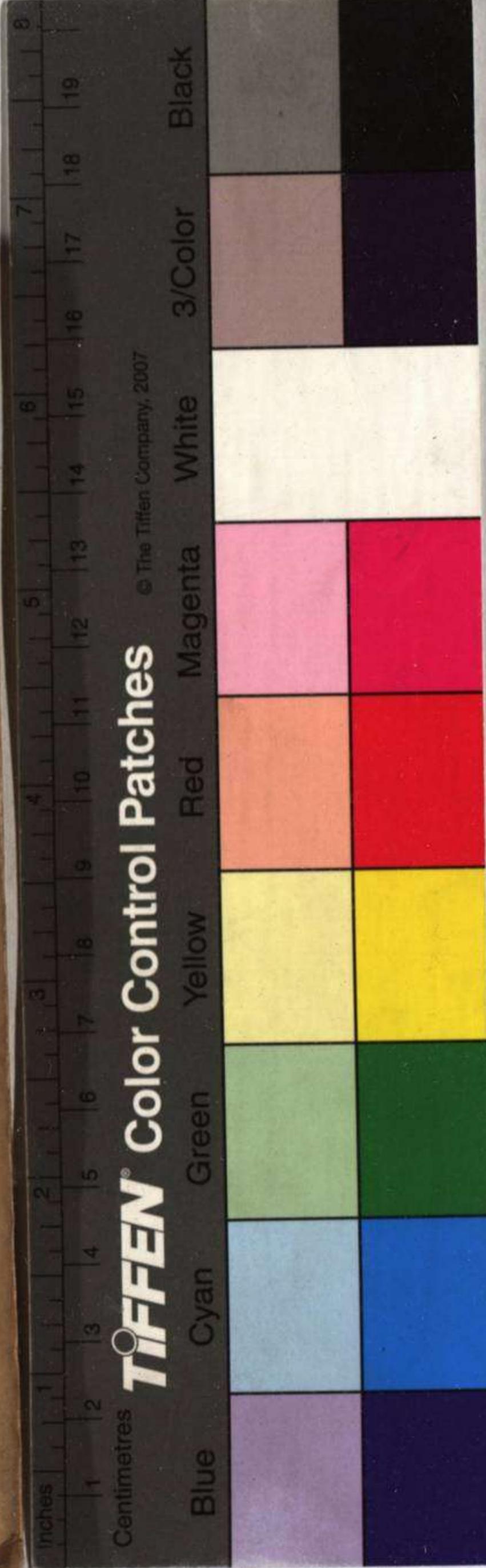
VALLADOLID
IMPRESA DEL COLLEJO SANTIAGO

1888

De verdadera necesidad es una colección escogida de fábulas castellanas. Han sido pocos, y en su mayor parte de escaso mérito, los poetas que en nuestra literatura han cultivado este género; de modo que solamente por una meditada selección puede reunirse un número de fábulas que respondan a los fines educativos y artísticos de tales composiciones.

Una de las mejores lecturas, si no la mejor, que puede darse a la infancia, es la de las fábulas. Por la variedad de sus tonos y frecuencia del diálogo, enseñan a leer con sentido; por su tendencia didáctico-moral, despiertan y avivan los buenos instintos; por su forma poética y rimada, estimulan el amor a la belleza artística.

Es lo sensible que la fábula castellana, lejos de atraer la atención de los buenos poetas, ha caído casi siempre en manos de malos copleros. Los iniciadores del género, Iriarte y Samaniego, han sido rara vez igualados. Por excepción han cultivado la fábula—aparte de algunos más que lo hicieron ocasionalmente,—varios poetas realmente tales, como Hartzenbusch, Mora, Campoamor, Ruiz Aguilera,



Fernández y González, Palacio, Trueba, Estremera, y algunos otros que no lo fueron tanto, como Solís, Príncipe, Gutiérrez de Alba, Concepción Arenal, etc. Otros, ya que no el don de la poesía, tuvieron ciertas dotes de fabulistas, como Pisón y Vargas, Ibáñez de la Rentería, Jérica, Raimundo de Miguel, Mayorga y varios más, alguno de ellos muy moderno. A este grupo pueden agregarse, aunque con muchas salvedades, otros como Govantes, Pravia, Fernández Baeza, el barón de Andilla, Guerrero, C. Fernández, Sala, etc. Los demás —acaso olvidemos o desconozcamos alguna otra excepción,— se han limitado, por no serles dable otra cosa, a diluir en un mar de prosaísmo la exigua sustancia de algunas moralejas vulgares. Entiéndase que nos referimos a los autores de fábulas educativas, y no a ciertos poetas, de verdadero gracejo algunos, que han compuesto fabulillas festivas o picarescas.

Si a veces se han coleccionado, siempre en corto número, las fábulas castellanas, el desacierto ha solido guiar la mano del colector, por acudir precisamente a los fabulistas de menor mérito. Hay que exceptuar, bien que no se trate de fábulas propiamente tales, sino en su mayor parte de apólogos y cuentos sacados de nuestros clásicos, la colección formada recientemente por una ilustre escritora.

En verdad es tarea difícil, por esa penuria

de buenos fabulistas, hacer una colección cuyo nivel medio sea solamente aceptable. En esta misma que otrecemos al lector, hecha con las mejores fábulas de los mejores fabulistas, se encontrarán no pocas desigualdades, porque ello es inevitable si han de tener entrada cuantos lo merezcan en mayor o menor grado. Incluímos también, por ser natural y justo, a los fabulistas hispano-americanos de más nota, entre los cuales hay poetas de tanto mérito como Bello, Pombo y la Barra.

Tal es el fin que este libro persigue. Estamos seguros—perdónese la inmodestia—de prestar un servicio a la literatura y a la enseñanza, y por ellas, más que por nosotros, sentiríamos que este intento no lograra una acogida benévola.

TOMÁS DE IRIARTE

(PUERTO DE LA CRUZ DE OROTAVA, 1750.—† 1791)

EL OSO, LA MONA Y EL CERDO

Un Oso con que la vida
ganaba un piamontés,
la no muy bien aprendida
danza ensayaba en dos pies.

Queriendo hacer de persona,
dijo a una Mona:—¿Qué tal?
Era perita la Mona,
y respondióle:—Muy mal.

—Yo creo, replicó el Oso,
que me haces poco favor.
Pues qué, ¿mi aire no es garboso?
¿No hago el paso con primor?

Estaba el Cerdo presente,
y dijo:—¡Bravo! ¡bien va!
Bailarín más excelente
no se ha visto ni verá.

Echó el Oso, al oír esto,
sus cuentas allá entre sí,
y con ademán modesto
hubo de exclamar así:

—Cuando me desaprobaba
la Mona, llegué a dudar;

mas ya que el Cerdo me alaba,
muy mal debo de bailar.

*Guarde para su regalo
esta sentencia un autor:*

Si el sabio no aprueba, ¡malo!

Si el necio aplaude. ¡peor!

EL BURRO FLAUTISTA

Esta fabulilla,
salga bien o mal,
me ha ocurrido ahora
por casualidad.

Cerca de unos prados
que hay en mi lugar
pasaba un Borrico
por casualidad.

Una flauta en ellos
halló, que un zagal
se dejó olvidada
por casualidad.

Acercóse a olerla
el dicho animal;
y dió un resoplido
por casualidad.

En la flauta el aire
se hubo de colar;
y sonó la flauta
por casualidad.

— ¡Oh, dijo el Borrico,
qué bien sé tocar!

¡Y dirán que es mala
la música asnal!

*Sin reglas del arte
borriquitos hay
que una vez aciertan
por casualidad.*

LOS DOS CONEJOS

Por entre unas matas,
seguido de perros,
(no diré corría)
volaba un Conejo.

De su madriguera
salió un compañero,
y le dijo:—Tente,
amigo, ¿qué es esto?

—¿Qué ha de ser? responde,
sin aliento llego...

Dos pícaros galgos
me vienen siguiendo.

—Sí, replica el otro,
por allí los veo...

Pero no son galgos.

—¿Pues qué son? —Podencos.

—¿Qué?... ¿Podencos dices?

Sí, como mi abuelo.

Galgos, y muy galgos:

bien visto lo tengo.

—Son podencos: vaya,
que no entiendes de eso.

—Son galgos, te digo.

—Digo que podencos.

En esta disputa
llegando los perros,
pillan descuidados
a mis dos Conejos.

*Los que por cuestiones
de poco momento
dejan lo que importa,
llévense este ejemplo.*

EL PATO Y LA SERPIENTE

A orillas de un estanque
diciendo estaba un Pato:
—¿A qué animal dió el cielo
los dones que me ha dado?

Soy de agua, tierra y aire:
cuando de andar me canso,
si se me antoja, vuelo,
si se me antoja, nado.

Una Serpiente astuta
que le estaba escuchando,
le llamó con un silbo,
y le dijo:—Seo guapo,
no hay que echar tantas plantas;
pues ni anda como el gamo,
ni vuela como el sacre,
ni nada como el barbo.

Y así tenga sabido
que lo importante y raro
no es entender de todo,
sino ser diestro en algo.

LA ARDILLA Y EL CABALLO

Mirando estaba una Ardilla
a un generoso Alazán,
que dócil a espuela y rienda
se adestraba en galopar.

Viéndole hacer movimientos
tan veloces, y a compás,
de aquesta suerte le dijo
con muy poca cortedad:

— Señor mío,
de ese brío,
ligereza
y destreza
no me espanto,
que otro tanto
suelo hacer, y acaso más.

Yo soy viva,
soy activa,
me meneo,
me paseo;
yo trabajo,
subo y bajo;
no me estoy quieta jamás.

El paso detiene entonces
el buen Potro, y muy formal
en los términos siguientes
respuesta a la Ardilla da:

— Tantas idas
y venidas,
tantas vueltas
y revueltas

(quiero, amiga,
que me diga),
¿son de alguna utilidad?

Yo me afano;
mas no en vano.
Sé mi oficio;
y en servicio
de mi dueño
tengo empeño
de lucir mi habilidad.

*Con que algunos escritores
Ardillas también serán,
si en obras frívolas gastan
todo el calor natural.*

LA RANA Y LA GALLINA

Desde su charca una parlera Rana
oyó cacarear a una Gallina.

—¡Vaya! (la dijo) No creyera, hermana,
que fueras tan incómoda vecina.

Y con toda esa bulla ¿qué hay de nuevo?

—Nada, sino anunciar que pongo un huevo.

—¿Un solo huevo? ¡Y alborotas tanto!

—Un huevo solo; sí, señora mía.

¿Te espantas de eso, cuando no me espanto
de oírte cómo graznas noche y día?

Yo porque sirvo de algo lo publico;
tú, que de nada sirves, calla el pico.

FÉLIX MARÍA SAMANIEGO

(LA GUARDIA, 1745.—† 1801)

EL MUCHACHO Y LA FORTUNA

A la orilla de un pozo,
sobre la fresca yerba,
un incauto mancebo
dormía a pierna suelta.

Gritóle la Fortuna:

—Insensato, despierta.

¿No ves que ahogarte puedes
a poco que te muevas?

Por ti y otros canallas

a veces me motejan

los unos de inconstante

y los otros de adversa.

Reveses de fortuna

llamáis a las miserias;

¿por qué, si son reveses

de la conducta necia?

EL LABRADOR Y LA CIGÜEÑA

Un Labrador miraba
con duelo su sembrado,
porque gansos y grullas
de su trigo solían hacer pasto.

Armó sin más tardanza

diestramente sus lazos,
y cayeron en ellos
la Cigüeña, las grullas y los gansos.
—Señor rústico, dijo
la Cigüeña temblando,
quíteme las prisiones,
pues no merezco pena de culpados.
La diosa Ceres sabe
que, lejos de hacer daño,
limpio de sabandijas,
de culebras y vívoras los campos.
—Nada me satisface,
respondió el hombre airado;
te hallé con delicuentes,
con ellos morirás entre mis manos.
*La inocente Cigüeña
tuvo el fin desgraciado
que pueden prometerse
los buenos que se juntan con los malos.*

LOS DOS AMIGOS Y EL OSO

A dos Amigos se aparece un Oso:
el uno, muy medroso,
en las ramas de un árbol se asegura;
el otro, abandonado a la ventura,
se finge muerto repentinamente;
el Oso se le acerca lentamente,
mas como este animal, según se cuenta,
de cadáveres nunca se alimenta,
sin ofenderlo lo registra y toca,
huélele las narices y la boca,

no le siente el aliento
ni el menor movimiento;
y así se fué diciendo sin recelo:
Éste tan muerto está como mi abuelo.
Entonces el cobarde,
de su grande amistad haciendo alarde,
del árbol se desprende muy ligero,
corre, llega y abraza al compañero;
pondera la fortuna
de haberle hallado sin lesión alguna;
y al fin le dice:—Sepas que he notado
que el Oso te decía algún recado.
¿Qué pudo ser?—Diréte lo que ha sido;
estas dos palabritas al oído:
*Aparta tu amistad de la persona
que si te ve en el riesgo te abandona.*

EL ZAGAL Y LAS OVEJAS

Apacentando un joven su ganado,
gritó desde la cima de un collado:
—¡Favor, que viene el lobo, labradores!
Éstos, abandonando sus labores,
acuden prontamente
y hallan que es una chanza solamente.
Vuelve a clamar y temen la desgracia.
Segunda vez los burla: ¡linda gracia!
Pero ¿qué sucedió la vez tercera?
Que vino en realidad la hambrienta fiera.
Entonces el Zagal se desgañita;
y por más que patea, llora y grita,

no se mueve la gente escarmentada, no
y el lobo le devora la manada.
*¡Cuántas veces resulta de un engaño
contra el engañador el mayor daño!*

EL GALLO Y EL ZORRO

Un Gallo muy maduro,
de edad provecia, duros espolones,
pacífico y seguro
sobre un árbol oía las razones
de un Zorro muy cortés y muy atento,
más elocuente cuanto más hambriento.
—Hermano, le decía,
ya cesó entre nosotros una guerra
que cruel repartía
sangre y plumas al viento y a la tierra:
baja, daré para perpetuo sello
mis amorosos brazos a tu cuello.

—Amigo de mi alma,
responde el Gallo, ¡qué placer inmenso
en deliciosa calma
deja esta vez mi espíritu suspensol
Allá bajo, allá voy tierno y ansioso
a gozar en tu seno mi reposo;
pero aguarda un instante,
porque vienen, ligeros como el viento,
y ya están adelante,
dos correos que llegan al momento,
de esta noticia portadores fieles,
y son, según la traza, dos lebreles.

—Adiós, adiós, amigo,
dijo el Zorro, que estoy muy ocupado;
luego hablaré contigo
para finalizar este tratado.

El Gallo se quedó lleno de gloria
cantando en esta letra su victoria:

*Siempre trabaja en su daño
el astuto engañador.*

*A un engaño hay otro engaño,
a un pícaro otro mayor.*

LA LEONA Y EL OSO

Dentro de un bosque oscuro y silencioso,
con un rugir continuo y espantoso
que en medio de la noche resonaba,
una Leona a las fieras inquietaba.

Dícela un Oso:—Escúchame una cosa:

¿Qué tragedia horrorosa,
o qué sangrienta guerra,
qué rayos o qué plagas a la tierra
anuncia tu clamor desesperado
en el nombre de Júpiter airado?

—¡Ah! mayor causa tienen mis rugidos.

Yo, la más infeliz de los nacidos,
¿cómo no moriré desesperada
si me han robado el hijo ¡ay desdichada!

—¡Hola! ¿con que eso es todo?

Pues si se lamentasen de ese modo
las madres de los muchos que devoras,
¡buena música hubiera a todas horas!

Vaya, vaya, consuélate como ellas,
no nos quiten el sueño tus querellas.
A desdichas y males
vivimos condenados los mortales.
A cada cual, no obstante, le parece
que de esta ley una excepción merece.
Así nos conformamos con la pena,
no cuando es propia, sí cuando es ajena.

LA LEONA Y EL OSO

FRANCISCO GREGORIO DE SALAS

(JARAICEJO, 1729.—† 1807)

EL MUCHACHO Y LA ABEJA

Un inocente muchacho
con gran descuido dormía
muy cerca de un colmenar,
donde una Abeja maldita,
sin saber por qué razón,
se encendió en sangrienta ira.
Picóle; pero dejó
tras del aguijón las tripas,
como les sucede siempre
a todas las pobrecillas.
El muchacho la maldijo
por su notoria injusticia,
y cargado de razón,
de esta suerte la decía:

—Daño me has hecho, es verdad,
pero te cuesta la vida,
pues por hacer mal a otros,
tú te haces más a ti misma.

Así los murmuradores
que con lenguas atrevidas
ofenden la buena fama
del prójimo, por envidia,
hacen que muera la suya
a manos de su malicia.

JOSÉ AGUSTÍN IBÁÑEZ DE LA RENTERÍA

(BILBAO, 1750.—† 1826)

LA VIEJA Y EL ESPEJO

Una Vieja arrugada y regañona,
todavía juzgándose persona,
y olvidada de que es género añejo,
un día se miraba en un espejo.
Y viendo en él su mísera figura,
vota, maldice, jura,
y se araña la cara sin consuelo;
echa el Espejo al suelo,
y desde lejos dice balbuciente:
— ¡Lindos espejos se hacen al presente!
¡Ah! bien hayan mil veces los de antaño.
De esta suerte se admite el desengaño.

EL CANGREJO Y SU MADRE

Al Cangrejo su Madre reprendía
porque andaba hacia atrás, y respondía:
— No entiendo, Madre, lo que usted me manda,
porque yo ando lo mismo que usted anda.
*Que dijo bien contemplo,
pues la mejor lección es el ejemplo.*

EL CARBONERO Y LA LAVANDERA

A Juana la Lavandera
Pedro el Carbonero vió,
y la dijo:—Mira, yo
casar contigo quisiera.
Respondió:—No puede ser,
porque lo que yo lavase,
cuando usted se me acercase
lo había de ennegrecer.

*No se junte el inocente
muchas veces al malvado,
porque si el trato es frecuente
al fin quedará tiznado.*

LAS LIEBRES Y LAS RANAS

Combatidos de los vientos
en una recia tormenta,
hacían mucho sonido
los árboles de una selva.
Las liebres, que tan medrosas
son por su naturaleza,
empezaron a correr
de temor y espanto llenas.
Encontrando una laguna
las pobres en su carrera,
entre dos riesgos metidas,
mucho más confusas quedan;
pero observaron en esto
que amedrentadas por ellas,

unas ranas presurosas
en la laguna se entran;
y entonces la más prudente
las dijo a sus compañeras:
—Hemos encontrado quienes
de nosotras mismas tiemblan.
Pues, ánimo, amigas mías,
vayan los temores fuera,
porque sin duda los nuestros
a los suyos se asemejan.

*El cobarde de este modo
tomar aliento debiera;
el mismo miedo es cobarde
y a resistirnos no acierta.*

LOS ANIMALES DE MÁSCARA

Por celebrar las bodas
del león imperante,
los cuadrúpedos vienen
a las fiestas reales.

Dispone un cortesano
de máscaras un baile,
a que concurren todos
sin que ninguno falte.

Los lobos los primeros
las contradanzas abren,
con las pieles robadas
a ovejas miserables.

Siguieron los jumentos,
erguidos y galanes,
con crines de caballos

y ornatos militares.
De camello vestido
venía el elefante,
y el oso con el cuero
de un bueyazo muy grande.
Como el ciervo dispuso
el toro su turbante,
como el toro los astas
el venado cobarde.
Llevó el mono travieso,
ajustada con arte,
del león la melena,
cual la pusiera un sastre.
De este modo tomaban
ajenas propiedades,
con cuidado fingiendo
sus rostros y ademanes.
Cuando un raposo viejo,
viendo mudanzas tales,
empezó de este modo
con seriedad a hablarles:
— ¿Qué es esto, hermanos míos,
que veo en vuestros trajes?
¿Y quién entre nosotros
introdujo disfraces?
¿Quién máscaras ha visto
entre los animales,
cuando nunca supieron
cubrirse su semblante?
¿Cuándo el lobo ha querido
cordero figurarse?
¿Ni el burro del caballo
tomar las calidades?

Dejad, dejad, amigos,
moda tan disonante,
y que los hombres solos
sean los que la guarden.—
Y si el bruto supiera
lo que los hombres saben,
yo sé que añadiría
razones semejantes:
—Dejad que torpemente
de este modo disfracen
siempre sus sentimientos,
y que entre sí se engañen.
Si de esto les proceden
casi todos sus males,
ojalá se destruyan,
harto daño nos hacen.
Mas no su mal ejemplo
hasta nosotros pase,
que es feo y peligroso
de este modo ocultarse.
*Y vivamos nosotros
sin estas novedades,
diciendo lo que somos
sin engañar a nadie.*

EL TIGRE Y EL PERRO

En su jaula de hierro
cierto Tigre feroz encarcelado,
reparaba delante un manso Perro,
libre, suelto, feliz, alborozado.

Al ver la diferencia del destino,

nuestro Tigre, colérico y mohino,
exclamó de esta suerte:

—¿Cómo, siendo tan ágil y tan fuerte,
me veo de este modo prisionero,
y tú, para conmigo despreciable,
gozando estás la libertad amable,
corriendo acá y allá muy placentero?

—¡Bueno va! — dijo el Perro — ¡Qué! ¿lo extrañas?
¿No sabes que no tengo yo tus mañas,
y aunque tuviese tales,
hacer nunca pudiera tantos males
como tú con tus garras y tus dientes?
De ti recelan con razón las gentes.
Nadie me teme, nadie me persigue:
de este modo ser libre se consigue.

*Reniega de tus fuerzas y talento
si para el mal te sirven de instrumento,
pues si fueres dañino, como el Tigre,
tu libertad es fuerza que peligre.*

RAMÓN DE PISÓN Y VARGAS

(SIGLO XVIII)

EL MICO, EL LORO Y EL RAPOSO

Tocóse, cierto día,
con el mayor descaro,
entre un Mico y un Loro
el asunto más serio y el más arduo.
En su lenguaje bruto
estaban disputando,
sobre cuál en carácter
se conformaba más con el humano.

—Yo sé, decía el Mico,
ejecutar con pasmo
muchas de las acciones
que por propias del hombre reputamos.
Me pongo en dos pies solos,
me paseo con garbo;
de modo que, vestido,
un racional parezco, salvo el rabo.
Con la mayor destreza
manejo las dos manos:
con ellas tomo y suelto,
me defiendo con ellas, y aun ataco.

—Sea, respondió el Loro,
mas aunque sabes tanto,
lo principal te falta
que puede hacerte al hombre asimilado.
Quiero decir, su idioma,

del cual ni por acaso,
aun la letra más fácil
articulan jamás tus torpes labios:
pero yo claramente
a las personas llamo,
pido lo que apetezco,
río, lloro, voceo, silbo y canto.

Oyólos por fortuna
un Raposo bellaco,
y con gracia les dice:
«Por Apolo, callad, no seáis fatuos.

Vuestro sér se alimenta
de materiales actos,
y adelantar no sabe
fuera de los sentidos ni aun un paso.

Si tú, Mico, ejecutas
del hombre algunos rasgos,
es porque puramente
lo que miras en él vas remedando.

Y tú, Loro, repites
su voz y sus vocablos,
pero sin entenderlos,
porque te los metieron en los cascós.

Por fin, en estos puntos
discurro que sois ambos,
cual máquinas vivientes
cuyo resorte mueve ajeno brazo.»

No tuvieron respuesta;
pero no escarmentaron.

*A brutos presumidos
intentar corregir, es un desbarro.*

EL RAPOSO Y EL BURRO

Con un tesón furioso
disputaban un Burro y un Raposo
sobre su proporción y su destreza
para hollar del Parnaso la maleza
y poder remontarse hasta la cumbre.

—No me da pesadumbre,
el Burro le decía, ni me apuro
por verte mi rival; estoy seguro
de alcanzar al instante la victoria;
pues, sin ser vanagloria,
con mis valientes pies y con su casco,
no tan sólo en malezas no me atasco,
sino que las allano de tal modo,
que con un paso igual lo sigo todo
hasta poder juntarme a lo que quiero:
por eso antes que tú subir espero.

—Has hablado a lo fuerte,
le respondió el Raposo; pero advierte
que tan arduo camino
nunca cede a la fuerza, sino al fino:
y, según te produces,
careces totalmente de las luces
que para viaje tal se necesitan;
éste le facilitan
la razón, la cordura; con las cuales
se precaven escollos y jarales,
que impiden ascender al gran Parnaso.

—Nada de cuanto ensartas es del caso,
le replicó el Pollino; mi pujanza
no ve dificultad, por todo avanza:

y, aunque no las encuentre, sé abrir huellas,
y luego a cuatro pies marchar por ellas.

Solamente con esto,

la cima de aquel monte veré presto,
mientras tú, sofocado y aburrido,
ni aun el menor estorbo habrás vencido.

Cuando el Zorro escuchó tanta bobada
soltó la carcajada, en su modo posible, a borbotones;
y también otros muchos picarones
que habían concurrido a ver la escena,
por divertirse un rato a costa ajena.

Con todo, en caridad, los más prudentes,
haciendo reflexiones convincentes,
mostraron al Pollino
que rayaba su empeño en desatino.
Pero como entenderlo no podía,
siguió con su manía;
añadiendo: que al punto, si marchaba,
«había de llegar do Apolo estaba,
por sobrarle constancia y aun prudencia:»
las que manifestó con evidencia
propalando dicterios, dando voces,
y dirigiendo al Zorro muchas coces;
para lo cual tenía gran talento.

Lector, aplica el cuento.

*Cuando trates con Burros, cierra el pico:
¿quién convence a razones a un Borrico?*

LA MONA Y EL GATO

Un Gato y una Mona
jugaban cierto día,
y recíprocamente
se pasaban la mano por encima.

Mas de la suya el Gato
usaba con malicia,
desenvainando a tiempo
las uñas que a la Mona martirizan.

Ésta desde el instante
sintió que estaba herida;
y, aplicados sus dedos,
teñidos los sacó en su sangre misma.

Prudente y cautelosa,
al compañero pilla;
y, tomando sus manos,
con ademán sereno se las mira.

El mayador infame
ningún temor indica,
poniendo cuidadoso
las uñas, como suelen, escondidas.

Fingió la Mona entonces
quedarse muy tranquila;
y volvió a divertirse
ocultando el recelo que tenía.

El Gato así engañado,
redobló su perfidia;
y con mayor ahinco
el pellejo de aquélla sacrifica.

Cansada la paciente,

le agarra, le intimida;

y llena de coraje,
las manos y los dedos le registra.

Halló los instrumentos
que su cuerpo lastiman;
y prorrumpió: ¡Malvado!..

mirando a su agresor con fosca vista.

Quiso el Gato aplacarla
con mil zalamerías;
mas ella, inexorable,
venganza sólo y crueldad respira.

Y al punto, y justamente,
le privó de la vida.

*Es indigno de gracia
quien comete el delito entre caricias.*

EL ELEFANTE Y EL GOZQUE

Contra cierto Elefante
un infeliz Gozquejo se lanzaba,
y unas veces detrás, otras delante,
con gritos y con saltos procuraba
oponersele al paso.

El enorme animal, sin hacer caso,
su camino seguía,
y el Perrillo insistía
con ceguedad tan loca,
que pensaba en hacerle un mal sangriento.
Pero al ver que su boca
no podía lograr tamaño intento,
se quedó tan corrido,
que por disimular tomó el partido

de marcharse a esconder a toda prisa,
causando a todos compasión y risa.

*Nunca más castigado queda un necio,
que cuando se le trata con desprecio.*

VICENTE RODRÍGUEZ
DE ARELLANO

(SIGLO XVIII)

EL CUERDO Y EL NECIO

En pos de las moscas,
que le impacientaban,
un Necio, corriendo
por toda la casa,
contra ellas furioso
blandía una vara,
sin sacar más fruto
que el de alborotarlas:
para una que hería,
mil se le escapaban;
y en tan fatigosa
desigual batalla,
estaba el tal hombre
que el quilo sudaba.
Entonces un Cuerdo,
de miel delicada
un vaso dispone,
con que sin tardanza,
al olor suäve
que el manjar exhala,
acude a millares
la moscuna casta;
la miel pegajosa
sus alas embarga;



y al verlas ya presas,
con adusta cara
dijo el Cuerdo al Necio
aquestas palabras:

*Con miel, no con palos,
las moscas se cazan;
lo que no la fuerza,
el agrado alcanza.*

DIONISIO SOLÍS

(CÓRDOBA, 1774.—† 1834)

EL CERVATILLO

«Escúchame, hijo mío:
no así con imprudencia
corras al monte solo,
buscando tu ruina entre sus breñas.

El Oso, el Lobo, el Pardo
y el Tigre mora en ellas;
el Tigre, que el más fiero
es entre todas las montañas fieras;

el Tigre, que tirano
monstruo de la floresta,
es terror y verdugo
de la familia desdichada nuestra.

Por eso tú no dejes
esta hermosa pradera,
y en la plácida orilla
de este abundoso río te apacienta.

No a las feroces manos
del Tigre morir quieras,
y a tu mísera madre
causa de llanto y de dolor le seas.»

Así a su Cervatillo
le decía una Cierva,
que como madre teme,
y como madre enamorada y tierna.

por mí no paséis pena;
que no es fácil que al Tigre
deje de conocer por esas señas.

Idos, y sin recelo
podéis dormir la siesta;
que aquí en el prado quedo
con el oído atento y siempre alerta.»

Esto dijo el Cervato;
y aunque medrosa ella,
al bosque se retira,
y a sus anchuras, por su mal, le deja.

En esto que a sus ojos
un Jabalí se muestra,
pacífico y tranquilo,
si bien de catadura horrible y fea.

«¡Ay! ¿Si será éste el Tigre?
Que sus ásperas cerdas
(decía el Venadillo),
de la crueldad del ánimo son muestras.

¡Ay! ¡Qué dientes tan duros
y torcidos me enseña!
Él es, él es sin duda,
y mi temprana muerte miro cerca.

Mas no, que de una encina
a la sombra se acuesta,
y del caído fruto
de sus fecundas ramas se sustenta.»

Pero ¿qué es lo que miro?
¿Qué alimaña es aquella
que con callados pasos
del bosque sale y hacia mí se acerca?

¡Qué majestad, qué frente
tan plácida y serena,

y qué fuego en sus ojos
tan noble y tan sublime centellea!

¡Qué cola tan airosa
con que barre la tierra!
¡Y qué pintadas fajas
del lomo al vientre en círculos alternan!

No, no es éste, no es éste;
según me dió las señas
mi madre, no es el Tigre,
ni a ser el Tigre, tan hermoso fuera.»

No bien lo dijo, cuando
con rápida carrera
el Tigre le acomete
y entre sus uñas le arrebató fieras.

«¡Ay! decía llorando
el Cervatillo en ellas,
que di crédito al rostro,
y necio me fié de la apariencia.»

LAS RANAS Y LAS CAÑAS

En un profundo estanque,
cercado de espadañas,
de alisos y de cañas,
de la nación ranesa
la inmensa muchedumbre
su morada tenía;
pero lo que sentía
con mucha pesadumbre,
era que aquellas cañas
altas y numerosas

de su dicha envidiosas,
ocultando a sus ojos
la esmaltada pradera
de blancas florecillas,
cercana a sus orillas.

Esto al acuátil pueblo
es lo que más aflige,
y al cielo se dirige,
para que en fin, clemente,
les quite aquel odioso
obstáculo de enfrente.

No sé bien si piadoso
o si crüel con ellas,
el cielo oyó sus tristes
y continuas querellas.
Lo que es cierto es que un día
el amo a sus criados
les manda que al momento
los alisos copados
y las umbrosas cañas
abatiesen a tierra,
porque dejar quería
del anchuroso estanque
libre la margen fría.

Cuál sería el contento
de las cenosas ranas,
píntelo quien pudiere
y más poeta fuere;
sólo referir puedo
que noches y mañanas,
sin previsión ni miedo,
cantando a sol y a luna
bendicen su fortuna.

Pero al eco atraídos
pájaros carniceros,
que las ven sin defensa,
garras y pico fieros
esgrimen en su ofensa;
y cada cual llorando
al espirar decía:
«¡Ay! ¡Cuánto mejor era
que la muerte que sufro,
la perdida y amada
dulce oscuridad mía!»
Por eso dijo el sabio
con elocuente acento:
«*Ocúltate del mundo
en olvido profundo,
y vivirás contento.*»

EL ASNO, EL BUEY Y EL CABALLO

En amor y compañía,
en un florido prado,
un fuerte Buey pacía,
un Burro y un Caballo.

De una en otra palabra,
a examinar pasaron
quién de los tres tenía
más derecho al aplauso;

o quién la preferencia
merecía en tal caso,
equitativamente
sus méritos pesando.

Si por su ardor el Potro,

si el Buey por sus trabajos,
o por su no dudosa
utilidad el Asno.

—No disputemos; sean
(dijo en esto el Caballo),
los hombres nuestros jueces,
que están más a la mano.

Estos tres que aquí vienen
podrán muy bien juzgarnos,
que yo a lo que ellos digan
al momento me allano.

—Está muy bien, responden,
no hay más sino llamarlos;
que todos serán justos,
puesto que son cristianos.

Sin más tardar los llaman,
les refieren el caso,
y quedan la sentencia
de su parte esperando.

«¿Qué hay que dudar en eso?
El asunto está claro,
dijo, hablando el primero,
un chalán de caballos.

«El Potro es quien merece
de la contienda el lauro;
y el que lo niegue, salga
y lo verá en el campo.

«Poco a poco, compadre,
no hay que alterarse, paso,
replica un molinero,
del Asno apasionado;

»que donde está el Jumento
nadie levanta el gallo,

ni hay animal más útil
en todo lo criado.»

Un labrador repone:

«Oh señores, no tanto,
ni defraudar es justo
al Buey de sus aplausos.

«El sólo es quien merece
preferencias y lauros,
pues en él la riqueza
se funda de mis campos.

«¡Hola! ¡hola! les dice
colérico el Caballo:

¿con que, de la sentencia
de todos tres sacamos

que el interés es sólo
quien os dicta esos fallos,
y que a él sólo presente
tenéis al pronunciarlos?

«—Pues, tonto (le responde
el labrador burlando),

¿cuándo no fué lo mismo
acá entre los humanos?»

DOMINGO DE AZCUÉNAGA

(BUENOS AIRES, ARGENTINA.—S. XVIII-XIX)

EL MONO Y EL TORDO

Metióse un mono en un trigal ya seco,
del cañón de la mies a hacer flautillas,
presumiendo tocar, por verlo hueco,
mil maravillas.

— Con sus uñitas lo rasgaba astuto,
y soplándolo ansioso, procuraba
el hacerlo sonar, pero el cañuto
nunca sonaba.

Sin sacar de las cañas una avena,
haciendo de su afán cumplido alarde,
porfiado se mantuvo en su faena
toda una tarde.

Pero un Tordo parlero, que su encono
había estado viendo, con gran flema
desde un sauce le dijo: señor Mono,
deje ese tema.

No desperdicie el tiempo en tal apuro;
las mieses trate usted con carantoñas.
¿No advierte que ya está el alcácer duro
para zamponas?

Nadie piense sacar provecho alguno
de aquellos que pasaron con holganza
el tiempo conveniente y oportuno
de su crianza.

CRISTÓBAL DE BEÑA

(SIGLOS XVIII-XIX)

LA MARIPOSA Y EL CANARIO

En una jaula dorada,
bien comido y bien cuidado,
cierto Canario encerrado
vida hacía descansada.

—Nada me falta—decía,—
nada debo desear:
canto, si quiero cantar,
sino, callo todo el día.

De cañamones y alpiste
me llenan el comedero,
y me preguntan qué quiero
cuando piensan que estoy triste.

Si hace sol, en la ventana
cuelgan mi hermoso aposento,
y entonces la voz al viento
suelto, como tenga gana.

En la sala, si hace frío,
de las visitas disfruto,
y en amoroso tributo
las ofrezco un dulce *pío*.

¿Quién jamás tener logró
una suerte más dichosa?
—la dijo a una mariposa
que a la jaula se acercó,
y que, alegre revolando,



iba de sí alarde haciendo,
por unos hierros saliendo
y por los otros entrando.—

Ella la risa soltó
al oír tal bobería,
y con gran soflamería
de este modo respondió:

—Feliz serás en verdad;
mas ¿nunca has pensado, di,
que aunque más goces, aquí
no gozas de libertad?

*Miserables cortesanos
esclavos de la opinión:
encargos y honores vanos,
sin la libertad, ¿qué son?*

PABLO DE JÉRICA

(VITORIA, 1781.—† 1841)

EL RATÓN DENTRO DEL QUESO

Mientras en guerras
se destrozaban
los animales
con justa causa,
un ratoncillo
¡qué bueno es eso!
estaba siempre
dentro de un queso.

Juntaban gente,
buscaban armas,
formaban tropas,
daban batallas;
y el ratoncillo
¡qué bueno es eso!
siempre metido
dentro del queso.

Pasaban hambres
en las jornadas
y malas noches
en malas camas;
y el ratoncillo
¡qué bueno es eso!
siempre metido
dentro del queso.

Ya el enemigo

se ve en campaña:

al arma todos,

todos al arma;

y el ratoncillo

¡qué bueno es eso!

siempre metido

dentro del queso.

A uno le hieren;

a otro le atrapan;

a otro le dejan

en la estacada;

y el ratoncillo

¡qué bueno es eso!

metido siempre

dentro del queso.

Por fin lograron,

con la constancia,

sin enemigos

ver la comarca;

y el ratoncillo

¡qué bueno es eso!

metido siempre

dentro del queso.

Mas ¿quién entonces

lograr alcanza

el premio y fruto

de tanta hazaña?

El ratoncillo

¡qué bueno es eso!

que siempre estuvo

dentro del queso.

EL LEÓN ENFERMO Y LA ZORRA

Como enfermase el León,
a visitarle llegaron,
según es uso y costumbre,
inquietos los cortesanos.

—Muy infelices seremos,
decían, si nos quedamos
sin monarca tan piadoso,
tan liberal y tan sabio.

Animal hubo en el corro
que en tono muy encumbrado
puso al León en las nubes
con los encomios más altos.

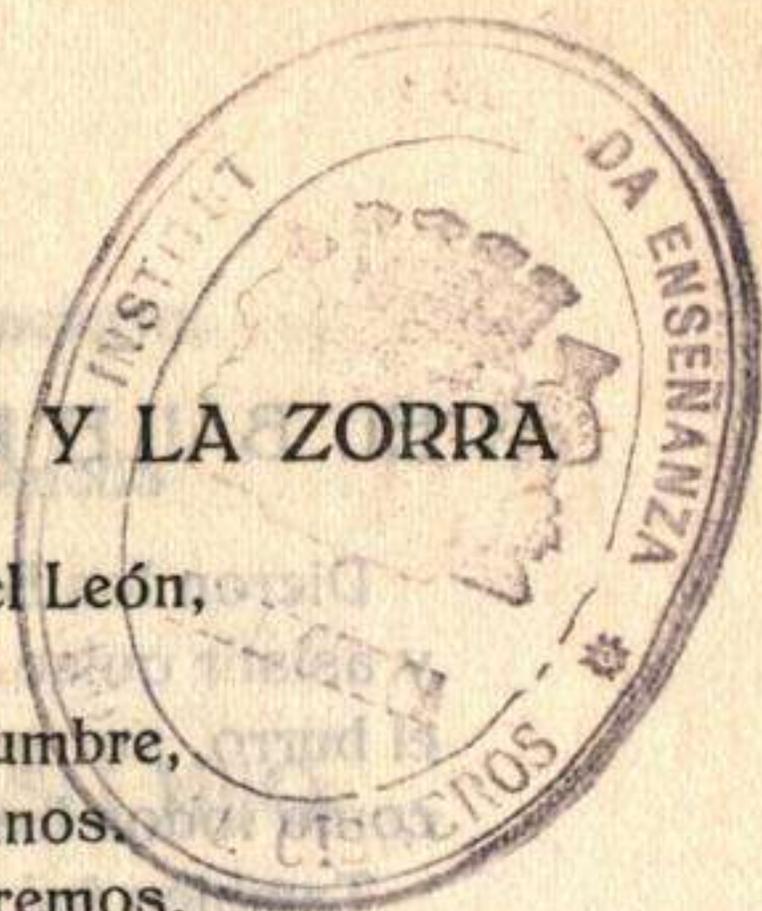
Accidentóse el enfermo,
de suerte que a breve rato
corrió entre los animales
que el Rey había expirado.

En esto dijo la Zorra,
que más le había elogiado:
—Pues, señores, si está muerto,
bien podemos hablar claro.

Digamos ya sin rodeos
la verdad en canto llano:
el tal Rey ha sido siempre
un verdugo sanguinario,

un déspota el más injusto,
el más ingrato y tirano...
Pero al oír un rugido,
añadió: ¡Cuerpo de tantos!
¿Aun vive? No he dicho nada.

¡Viva nuestro Soberano!



EL BAILE DE LOS BRUTOS

Dieron los Brutos un baile;
y asistir quiso formal
el burro, por no ser menos,
como todos los demás.

También fué de los primeros
aquel cerdoso animal
a quien de ordinario pintan
con San Antonio el Abad.

No bailaron, por supuesto;
porque ¿cómo han de bailar
personas de tal empaque
y de tanta gravedad?

El mono, el perro y el oso,
sí, como era de esperar,
bailaron bien, y lucieron
su extremada habilidad.

Y, a pesar de las envidias,
que nunca suelen faltar,
lograron en el concurso
un aplauso general.

Y el cerdo y asno ¿qué hicieron?
quizá me preguntará
algún lector muy curioso;
y le añadiré veraz:

Lo que hicieron uno y otro
bien se puede adivinar:
el cerdo estuvo roncando,
y el burro dió en rebuznar.

¿A qué comedia o concierto,
a qué baile o sociedad
no asiste un par de zopencos
a dormir o a criticar?

EL RATÓN Y SU HIJO

A cierto Ratón machucho
tenían postrado en cama,
sin esperanza de vida,
sus años y sus desgracias.

Siéndole ya necesario
pagar tributo a la Parca,
a su heredero decía
estas sentidas palabras:

—Aquí te dejo, hijo mío,
una porción, no mediana,
que pudo juntar mi industria,
de queso, nueces y pasas.

Si moderas tus deseos,
sin comer otras viandas,
pasarás vida tranquila
y no te faltará nada.

Por el contrario, si buscas
goloso buenas tajadas,
ten sabido que los gustos
tarde o temprano se pagan.

Con esto murió; y el hijo
se salió de casa en casa,
oliendo por dónde guisan,
a la siguiente mañana.

Un poquito de tocino,

que suspendido se hallaba
dentro de una ratonera,
le detuvo en la jornada.

Al principio, receloso,
se contuvo; y aun es fama
que dió dos pasos atrás,
femiendo alguna asechanza;
pero el olor del tocino
le dió de comerle gana:
pasa adelante, le muerde,
y el triste cayó en la trampa.

La cosecha de consejos
en ningún tiempo fué escasa:
mas, cuando son necesarios,
se nota que, por desgracia,
darlos es cosa muy fácil,
y ejecutarlos muy ardua.

EL CABALLO Y SU AMO

Cuéntase que un mal jinete
compró un hermoso caballo,
que, siendo potro, gustaba
de dar corvetas y saltos.

No atreviéndose a montarle,
algunos le aconsejaron
que le tapase los ojos;
y así le montó a su salvo.

En este descubrimiento
creyó tener un hallazgo;
y salió un día a la caza
con su potro muy ufano.

Pero al pasar un camino,
lleno de quiebras y cantos,
el pobre animal a ciegas
no acertaba a dar un paso.

Pica el jinete la espuela,
quiere trotar el caballo,
tropieza; y vienen al suelo
el alazán y su amo.

Ni a los brutos ni a los hombres
será jamás acertado
que les haga andar a ciegas
quien quisiere gobernarlos;

pues, tras de ser peligroso,
conviene, por el contrario,
para que caminen bien,
dejarles que vean claro.

LA GALLINA Y LA URRACA

A una Gallina clueca le pusieron
dos docenas de huevos; y salieron
veinticuatro pollitos;
pero ¡qué monos todos, qué bonitos!
Andaba la Gallina muy ufana;
y la dijo la Urraca:—¡Vaya, hermana,
no estés tan orgullosa,
que lo que has hecho no es una gran cosa!
¿Cómo es, necia de ti, que no examinas
que son hijos los más de otras gallinas,
que los huevos pusieron,
aunque para empollarlos te los dieron?

—Eso no importa nada,
respondió la Gallina muy picada:
como ellos salgan buenos,
el ser míos o no, será lo menos.
Estando en la cazuela,
nadie ha de averiguar su parentela;
y al verlos en el plato,
sólo podrá dejar un mentecato
de hincarles bien el diente,
por mover tu cuestión impertinente.

Yo hallo en esta Gallina
muy fundada opinión, sabia doctrina:
elógiese al autor de una obra buena,
por más que sea la invención ajena.

RAFAEL GARCÍA GOYENA

(GUAYAQUIL, ECUADOR, 1766.—† 1834)

LOS PERROS

No debe dudar ninguno de mis cándidos lectores que en la casa de un magnate haya perros a montones.

Un valiente alano siempre a la cadena se pone, y en ciertas horas se suelta para que la casa ronde;

un podenco muy ligero, que con vivo olfato corre tras la liebre, cuando el amo sale a cazar en el bosque;

un lanudo perro de aguas, que con los muchachos dócil, si le tiran la pelota él la persigue y recoge.

Hasta la niña de casa tiene su querido gozque, que en las faldas acaricia con envidia de algún joven.

Después de la cena juntos bajo la mesa una noche, entre podenco y alano pasaron estas razones:

«Si todos nacemos perros,

aunque con distintos nombres,
¿por qué han de ser desiguales
los destinos que nos toquen?

A nosotros las fatigas
y trabajos corresponden,
y otros logran el regalo
y estimación de los hombres.

No, señor, en las fortunas
turnemos todos conformes,
aunque al lanudo y gozquejo
el partido no acomode.»

Discutida la materia,
resolvieron los perrotos,
con espíritu insurgente,
remediar aquel desorden.

He aquí que el perro de faldas
amanece atado al poste
de la puerta, y aunque ladra,
miedo ni respeto impone;

del tanque quiso el podenco
sacar la pelota: hundióse,
y al cabo salió sin ella,
tragando agua a borbotones;

cuando el cazador azuza
al perro lanudo, torpe
a la seña, ladra y brinca
y los conejos se esconden;

y el alano corpulento,
viendo la ocasión de molde,
sobre la niña en la cama
con ligero salto echóse.

Ella grita temerosa,
acude gente, y en donde

buscaba tiernos cariños,
halla desprecios y golpes.

Instruído del desengaño,
su cadena reconoce,
y cada cual de los otros
se reduce al antiguo orden.

*Nunca podrán ser iguales
las humanas condiciones,
mientras deban ser distintos
los talentos y las dotes.*

JOSÉ JOAQUÍN DE MORA

(CÁDIZ, 1783.—† 1864)

EL ELEFANTE Y LA ZORRA

A predicar se puso,
con reverenda sorna,
cierto Elefante viejo,
orador de gran nota.

Era la concurrencia
lucida y numerosa.

Cuando el texto hubo dicho,
comenzó de esta forma:

«¿Qué ignorancia es la vuestra,
gente estúpida y loca,
en seguir, obstinados,
costumbres tan viciosas?

¿No habrá nadie que imite
los talentos que adornan
al feliz Elefante,
entre las bestias todas?

¿No habrá alguno que arranque
las encinas añosas,
sus troncos abatiendo
cual débil amapola?

Rival del hombre mismo,
el Elefante toma
en el árbol el fruto,
y lo lleva a la boca.

Si un feroz enemigo

nos asalta en mal hora,
mil nudos enroscados
lo estrechan y lo ahogan.
Estólida caterva,
imitad nuestras obras,
si deseo de fama
vuestrós pechos devora.»

«Todo eso es excelente,
le replicó una Zorra,
que impaciente escuchaba
tanta alabanza propia.
Mas sepa, señor mío,
que nos falta una cosa
para imitar su ejemplo.
—¿Y qué os falta?— La trompa.»

Quando me dice Creso:
«Da, como yo, limosna,
dota pobres doncellas;
manda pan a las monjas,»
respondo: «Señor mío,
me hace falta una cosa
para imitar tu ejemplo.
—¿Qué te falta?— Tus onzas.»

EL AMO Y EL CRIADO

A un criado vizcaíno
dijo un día su señor:
«Toma el sombrero: ve en casa
de mi amigo don Simón;
dile que siento el achaque,
y espero que esté mejor.»

El muchacho, repitiendo
por la calle la lección,
llegó y dijo: «Señor mío,
muy buenos se los dé Dios.
El amo espera el achaque,
y siente que esté mejor.»

Más de un traductor, verdugo
del francés y el español,
suele decir lo contrario
de lo que dice el autor.

EL SORDO Y EL CIEGO

Caminaban juntos
por unos repechos,
un amigo sordo
y un amigo ciego.
No sé por qué causa
la ruta perdieron,
mas sé que pararon,
dudosos e inciertos.

El sordo decía:

«O soy un mostrenco,
o tira el camino
por el lado izquierdo.»

—«¿Y en qué lo conoces?»

—«En que estoy oyendo
la bulla y los gritos
de los pasajeros.»

El otro responde:

«¡Valiente camueso!

¡Si al lado contrario
los estoy yo viendo!»
Terrible algazara
levantan sobre esto;
mas nunca he sabido
en qué paró el cuento,
pues desde que he visto
con cuánto despejo
el médico opina
de causas y pleitos,
y el jurisconsulto
de males de nervios,
de libros el joven,
de modas el viejo,
y otros desatinos
no menores que éstos,
he dado palabra
de quedarme neutro,
en toda disputa
de sordos y ciegos.

EL HOMBRE Y EL ÁRBOL

Levantando un campesino
con brazo intrépido el hacha,
el amenazado roble
le dirige estas palabras:
«Detente, inhumano. ¿Olvidas
con cuánto placer descansas
bajo mi benigna sombra,
en las siestas abrasadas?
¿No sabes que a su recinto

vienen las lindas zagalas,
ora a decir sus amores,
ora a tejer sus guirnaldas?
¿Quién, si mi tronco destruyes
dará asilo a la calandria,
cuando en el Mayo florido,
sus dulces endechas canta?»
«Es cierto, el villano dice;
pero la cuenta más clara,
es que ganaré tres onzas
cuando te venda en la plaza.»

Vergüenza me da decirlo:
pero la familia humana
nada en el mundo respeta,
cuando de interés se trata.
Por él la inocente virgen,
cubierta de pena amarga,
con el hombre que aborrece
trémula llega a las aras.
Por él en la oscura noche,
la fiera traición levanta
puñal agudo, sonrío,
y el sangriento golpe lanza.
El remordimiento a veces
ruge, acusa y amenaza:
pero a la voz imperiosa
del interés, todo calla.

FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA

(GRANADA, 1787.—† 1862)

EL TOPO Y EL GUSANO DE LUZ

Por una estrecha hendidura
sacó la cabeza un Topo,
con poca carne en los huesos,
y mucha piel en los ojos.

No sabe si es noche o día;
pero siente en el contorno
a un Gusanillo de luz,
y le dice de este modo:

—¿Fano puedes estar,
tamaño como un gorgojo,
llevando en parte vedada
la linterna por adorno.

Ya la muestras, ya la ocultas,
tan altivo y orgulloso
como fanal que en la torre
enseña el puerto al piloto.

—No tal—contestó el Gusano,—
que mi pequeñez conozco;
mas a ninguno hago daño
y algún bien procuro a otros.
Doy luz, oculto en la hierba,
sobre las plantas me poso,
y los insectos acuden
a guarecerse en su tronco.

Ni destruyo las raíces,
ni las semillas me como,
ni por temor a los hombres
bajo la tierra me escondo.
Esto dijo el Gusanillo;
y lo dijo con tal tono,
que el dañino animalejo
quedó aun más ciego de enojo.
Fué a replicar y no pudo;
sintió encendérsele el rostro,
y, murmurando entre dientes,
metióse dentro de un hoyo.

Así en el mundo sucede,
que los más torpes y tontos
al que brilla poco o mucho
le zahieren envidiosos.

ANTONIO JOSÉ DE IRISARRI

(GUATEMALA, 1786.—† 1868)

LA ABEJA Y LA HORMIGA

Sobre una rosa libando
estaba una docta abeja
aquel licor con que sabe
hacer miel y labrar cera;

y al pie del rosal miraba
un hormiguero con pena,
y decía:—¿No es dolor
que haya hormigas en la tierra?

Este rosal serviría
a toda mi descendencia,
si estos insectos malditos
a secario no vinieran.

Entonces, con grande enojo,
una hormiga bachillera,
que más que todas sabía
o aparentaba más ciencia,

le contestó:—Sí, señora,
fuera cosa justa y buena
que usted comiese las flores
y las hormigas murieran,

porque viven en los troncos
y no dentro de colmenas.
Cada cual, amiga mía,
como puede se maneja;

y si a usted no satisface

lo que hizo Naturaleza,
arregle el mundo a su modo,
y veremos cosas bellas.

—Habláis como una doctora,
dijo la abeja discreta;
y puede ser que haya alguno
a quien tu charla convenza.

Yo no sé si las hormigas
deben ser plaga perpetua;
pero sé que hará muy bien
quien destruya su ralea.

Males hacéis en las casas,
en los jardines y huertas;
y para dañar tan sólo
tenéis industria y destreza.

Nosotras, que producimos
dulce miel y blanca cera,
dejamos plantas y flores
del todo sanas y buenas.

Nosotras no destruimos;
producimos cosas nuevas,
sin arruinar lo que hallamos.
¿Quién más útil que la abeja?

Los bienes que al hombre hacemos
ninguna pensión le cuestan;
somos, en fin, el dechado
de utilidad y prudencia.—

Dijo la abeja muy bien;
mas hay hombres que profesan
principios tales, que nunca
harán lo que las abejas.

Hay hormigas en Congresos,
y hormigas en Asambleas,

que nada nuevo producen
y destruyen lo que encuentran.

Aquestos señores míos
en un colmenar aprendan
que el bien no ha salido nunca
de manos de la violencia,

y que el saber no consiste
en echar cosas por tierra,
sino en sacar de lo que hay
la utilidad que se pueda.



MIGUEL AGUSTÍN PRÍNCIPE

(CASPE, 1811.—† 1863)

LA CULEBRA Y LA ANGIILA

Pescando con la caña
la linda Alfesibea,
saca una anguila, y huye,
creyéndola culebra.

Florinda, al lado suyo,
una serpiente pesca,
y creyéndola anguila,
muere picada de ella.

A mirar bien las cosas
la fabulilla enseña,
a fin de no engañarnos
con falsas apariencias.

En tanto, entre dos yerros,
o en duda grave, extrema,
*más vale huír anguilas
que acariciar culebras.*

EL MOSQUITO Y EL BUEY

Sobre el cuerno de un Buey iba posado
un Mosquito muy ruin, pero muy tieso,
y le dijo: «Te veo algo cansado:
¿es que yo te fatigo con mi peso?»
El Buey le contestó: «¡Bicho menguado!
Sólo a ti te ocurriera decir eso:
¿piensas que ni siquiera te he sentido?»
Cuanto más ruin el ruin, más presumido.

EL MONO Y EL CERDO

Jugando con un Cerdo cierto Mono,
pidióle un beso con festivo tono,
y el Marrano travieso
le dejó sin nariz al darle el beso.

*Narices y ojos perderás, y aun dientes,
si te dejas besar de ciertas gentes.*

LA MENDIGA Y LOS DOS NIÑOS

Limosna
pedía
la pobre
María;
limosna
buscaba
que nadie
le daba;
y en vano
lloraba,
y en vano
gemía,
corriendo,
volando
de todos
en pos.

La gente
pasaba;
mas nadie
la hablaba,

o si alguien
lo hacía,
perdone,
decía:
por eso
María
doliente
lloraba,
oyendo
tan sólo:
*«¡perdone
por Dios!»*

Dos Niños
en tanto
escuchan
su llanto,
y dicen:
«Amiga,
tu pena
mitiga;

que si eres
mendiga,
tenemos
un canto,
que el hambre
te quite,
calmando
tu afán.»

Y entrambos
previenen
la torta
que tienen;
su torta,
su prenda,
su dulce
merienda;
y a hacerle
su ofrenda
piadosos
se avienen,
y ¡toma!
le dicen,
y alegres
se van.

«¡Dios sea
su guía!—
prorrumpe
María:—
Dios premie
su celo
con gloria
del cielo,
pues calma

mi duelo
limosna
tan pía,
y entrambos
se quedan
con hambre
por mí!
Tú nunca,
Dios mío,
pagaste
tardío
las deudas
que abajo
el pobre
contrajo.
¡Humilde
me bajo!
¡Mi ruego
te envió!
¡Haz que ambos
se vean
premiados
por ti!»

Tal ella
rezando,
su ruego
va alzando,
que en forma
de nube
al cielo
se sube:
un bello
querube

desciende
volando,
y dice:
«Tus ruegos
oídos
están.»

«De entrambos
hoy día

la guarda

me fía

el cielo

que santo

les tiende

su manto:

si oyeron

tu llanto,

¿qué mucho,

María?

Los que obren

cual ellos,

lo propio

tendrán.»

Con esto

la deja,

y en busca

se aleja

de aquellos

hermosos

muchachos

preciosos,

que oyeron

piadosos

del triste

la queja.

¡Ay niños!

¿Quién deja

los pobres

en duelo,

sin darles

consuelo

calmando

su afán,

si el cielo

se gana,

por mucho

que diste,

con darles

un triste

pedazo

de pan?

RAMÓN DE CAMPOAMOR

(NAVIA, 1817. —† 1901)

EL CHICO, EL MULO Y EL GATO

Pasando por un pueblo un maragato,
llevaba sobre un Mulo atado un Gato,
al que un Chico, mostrando disimulo,
le asió la cola por detrás del mulo.

Herido el Gato, al parecer sensible,
pególe al macho un arañazo horrible;
y herido entonces el sensible macho,
pegó una coz y derribó al muchacho.

*Es el mundo, a mi ver, una cadena,
do, rodando la bola,
el mal que hacemos en cabeza ajena
refluye en nuestro mal, por carambola.*

LA ENCINA Y EL ROSAL

—¡Mezquina es tu existencia—
a un humilde Rosal dijo una Encina,
—pues arrastras al par de mi opulencia
tu existencia mezquina!—

De una santa en las fiestas placenteras,
bajaron a coger unos pastores
ramaje de la Encina para hogueras,
y del Rosal, para la imagen, flores.

Ornó el Rosal la imagen peregrina,

y entonces me presumo
que, mirando en la hoguera arder la encina,
exclamó al darle el humo:

*No afrentes al humilde con tu fausto,
que el día de la prueba, en acto innoble,
con ignominia doble,
tal vez sirvas de incienso a su holocausto.*

LOS DOS GORRIONES

—Llégame el comedero—

dijo a un Gorrión otro Gorrión muy maula.

—Pues ábreme primero—

contestó aquél—la puerta de la jaula.

—¿Y si al verte ya libre, en tu embeleso,
te vas sin darme de comer en pago?—

—¿Y quién me dice a mí—responde el preso,
—que me abrirás, si llenas el monago?—

Y en conclusión, por si ha de ser primero

llegar el comedero

o correr el alambre,

quedóse el enjaulado prisionero,
y el hambriento volvióse con el hambre.

¡Digno amigo, por Dios, de tal amigo!

Y ahora diréis, y bien, como yo digo:

*¡Vaya, que son en ciertas ocasiones
lo mismo que los hombres los gorriones!*

EL CUERVO Y EL REPTIL

Hacia el nido de un Cuervo
sube un Reptil protervo
que, de otro manjar falto,
de huevos se apercibe;
mas al dar el asalto,
creyendo al Cuervo ausente, oyó: — ¿Quién vive?

—Perdone usted; no es nada
(dijo con voz turbada);
el hallarme soñando
mi indiscreción abone,
pues llegué aquí rodando;
mas desperté, y me vuelvo: usted perdone.

— ¡Hola, traidor vecino!
(dijo el Cuervo ladino),
¿cuando el sueño te priva,
sin costarte trabajo
te ruedas hacia arriba?
Pues a ver cómo ruedas hacia abajo. —
Y remontando el vuelo,
le suelta desde el cielo,
por más que ya difunto
el Reptil lo rehusa,
y, *plaf*, reventó al punto.

¡Digno castigo de su necia excusa!

EL MÉDICO Y EL INVÁLIDO

Un Inválido a un Médico decía:
—Si no corto esta pierna gangrenada,
¿podré vivir, al parecer de usía?—
Y el Médico, dudando, respondía:

—Podrá ser por acaso, camarada.

—La duda—replicó—no me hace al caso. Mas si la corto, ¿sabe si de fijo podré vivir, aunque no dé ni un paso?— Dudando siempre el Médico, le dijo:

—Podrá ser, camarada, por acaso.

—Pues si al cortarla ataco la existencia, y el no cortarla es un dudoso medio, a la cura prefiero la dolencia.—

Yo también prefiriera, en mi conciencia, morir antes del mal que del remedio.

EL PASTOR Y EL NAVÍO

Del mar en la ribera

quejábase un pastor de esta manera:

—¡Oh, qué sordas que tiene a mis congojas el cielo las orejas,

pues no me saca de zagal de ovejas, patituertas las más, y algunas cojas!

¡Quién me diera, halagando mi albedrío, dirigir por ejemplo aquel Navío,

y a la playa arribar del indio o moro, para volver con él cargado de oro!

¡Por amigos tuviera y por amigas entonces a señoras y señores,

pese a cuantas ovejas y pastores rumiaron hierbas o mascaron migas!

Mas ¡ay! la suerte fiera me arrastra, sea invierno, sea verano, desde el monte al redil, y de éste al llano;

y aunque oirlas no quiera, me hace escuchar las simples avecillas,

que por más maravillas
que dicen que hacen los que de ellas cuentan,
cada vez que las oigo, me revientan. —

Así el Pastor decía,
cuando el bajel apenas se veía;
y su intenso dolor llegaba a tanto,
que sus mejillas inundó de llanto.
Era al morir el sol, según asienta
quien dijo que del ábrego la saña
removió aquella noche una tormenta
que ni la oyó el Pastor en su cabaña.
Al otro día su manada entera
condujo, como siempre, a la ribera,
y del mar acercándose a la orilla,
vió aquí y allí fragmentos de una quilla.
Buscando del naufragio indicios ciertos
halló al fin gavias, y después mesanas,
trinquetes desvelados, hombres muertos:
¡leves cimientos de esperanzas vanas!
Entonces se acordó de su navío,

y viendo fin tan triste,
—¡Qué bien hiciste, oh Dios, qué bien hiciste
en coartarme—dijo—el albedrío!—
Y sin ver que a los muertos hacía agravios,
una sonrisa se asomó a sus labios;
y escuchando las simples avecillas,
que hacían, según dijo, maravillas,
tradujo de sus plácidos gorjeos:

*Modera tus deseos.
Aunque pierdas, llorando, tus encantos,
no halagues esperanzas indecisas;
cada muerta esperanza brota llantos;
cada llanto vertido engendra risas.*

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

(MADRID, 1806.—† 1880)

LA ZARZA

A la Zarza punzante
un sauce preguntó:—¿Por qué manía
cuando cerca de ti pasa un viajante
clavas la garra en él con tal porfía?
¿Es que te ofende si contigo topa,
o tratas de quedarte con su ropa?
—No es (contestó el arbusto) por quitarla,
pues en mí no la empleo;
pero me tiro a cuanta ropa veo,
porque tengo un placer en desgarrarla.

Murmurador injusto,
—¿por qué derramas hiel?—Porque es mi gusto.
—Gustos así, tan malos,
(dice bien el refrán) merecen palos.

ESOPO Y EL BORRICO

Al buen Esopo díjole un Borrico:
—Por quien soy te suplico,
si en algún cuentecillo me introduces,
que pongas, como debes, en mi labio
cordura, discreción, lenguaje sabio.
Esopo respondió:—Yo bien podría

fingirte bestia de talento y luces;
pero al ver el solemne desatino,
todo el mundo a una voz nos llamaría,
el filósofo a ti, y a mí el pollino.

Es alabar a un necio
locura digna de común desprecio.

EL PERAL

A un peral una piedra
tiró un muchacho,
y una pera exquisita
soltóle el árbol.
Las almas nobles,
por el mal que les hacen
vuelven favores.

EL RUISEÑOR Y LA CALANDRIA

Poeta campanudo, que te pierdes
allá por las fantásticas alturas,
sin que en tu vuelo rápido te acuerdes
de que al pobre lector dejas a obscuras,
a ti con las palabras me dirijo
que el ruiseñor a la calandria dijo:
—¿Para qué tan arriba te levantas?
¿Quieres que no se entienda lo que cantas?

JÚPITER Y LA OVEJA

Tantos y tales trabajos
hicieron pasar las fieras
al más inocente bruto,
a la pacífica Oveja,
que a Júpiter hubo al cabo
de pedir que discurriera
cómo buscaba camino
para aliviar sus miserias.

Júpiter le dijo:—Veo,
y harto de verlo me pesa,
mansa criatura mía,
que te he dejado indefensa.

Para suplir esta falta,
elige el medio que quieras:
las armas que más te agrade
te dará mi omnipotencia.

¿Quieres que dientes agudos
en tus mandíbulas crezcan,
o que tus pies se revistan
de fuertes garras que hieran?

—No quisiera yo, señor
(respondió la pretendiente),
cosa que me asemejara
a la raza carnícora.

—¿Será mejor que introduzca
mortal veneno en tu lengua?

—No, que me aborrecerán
lo mismo que a las culebras.

—¿Quieres que te arme de cuernos
y a tu frente dé más fuerza?

—No, que entonces, como el chivo,
no me hartaré de pependencias.

—Pues, hija, yo sólo puedo
salvarte de una manera:
para que no te hagan daño,
preciso es que hacerlo puedas.

—¿Preciso? (la oveja exclama,
dando un suspiro de pena):
prefiero entonces a todo
mi flaca naturaleza.

La facultad de dañar
gana de dañar despierta,
y por no hacer sinrazones,
vale más el padecerlas.

Júpiter enternecido
bendijo a la mansa bestia,
y ella no volvió jamás
a pronunciar una queja.

EL CANGREJO

Resto de una comida,
que orilla de un arroyo fué servida,
quedó sobre las hierbas arrojado
el conchudo cadáver de un cangrejo,
lo mismo que la grana colorado;
miraban y admiraban reflexivos
otros cangrejos vivos
aquel tinte magnífico bermejo,
y cada cual de su interior exhala
esta loca expresión: — ¡Hermosa gala!
¡Quién el secreto raro poseyera

de poderse pintar de igual manera!
Oyendo la ocurrencia peregrina,
díjoles un ratón, docto en cocina:
—Para adquirir matices tan brillantes,
no hay otro medio que coceros antes.
Caro fuera el antojo:
cuesta sobrado el uniforme rojo.

Quien envidie la fama esclarecida
que a los varones célebres rodea,
tome su historia y vea
¡cuánto dolor acibaró su vida!

ANTONIO DE TRUEBA

(MONTELLANO, 1819.—† 1889)

LA NECESIDAD

Antón, el molinero, cargó un día con un costal de harina su borrico y dijo a un hijo suyo:—Mira, chico, coge este burro y ve en un periquete a llevar a la tía Calandanga este costal de harina. Corre, vete.—

Enjugó con la manga una lágrima el chico y dijo:—Padre, yo no voy, pues discurre que me voy a ver negro si en el camino se me cae el burro o hace en el polvo cama.

—Eso, replica Antón, no te dé pena; si te sucede, llama a la Necesidad, que irá al momento, y en un Jesús te cargará el jumento.—

Atizó cuatro lapos en las ancas el chico al burro, y emprendieron ambos su camino por zancas y barrancas; pero al llegar a un sitio donde había mucho polvo, el borrico dijo, rabiando por soltar la carga:—¡Ay qué polvo tan rico para dormir la siesta!— Y así diciendo, se tumbó a la larga.

Palo va, palo viene,
tantos el chico al jumentillo pega
que aun en las ancas las señales tiene;
pero viendo que brega
inútilmente, le soltó la carga,
y sólo así se levantó el jumento.
—¡Necesidad! exclama el pobre chico.
¡Necesidad! hágame usted la gracia
de venir a cargarme este borrico.—
Espera un rato, pero nadie acude;
vuelve a llamar y nadie le responde,
y convencido, al fin, de que no hay nadie
que en tan penosa situación le ayude,
—la industria, dice, ayudará mi brazo—
y ¿qué hace? El asno arrima,
en seguida a un ribazo,
y llevando el costal hasta allí a vueltas,
al fin al asno se le planta encima,
y a casa de la tía Calandanga
más alegre llegó que una charanga.

Cuando volvió al molino,
le preguntó su padre si le había
ocurrido algún lance en el camino,
y el muchacho al momento
le contó la ocurrencia del jumento.
—Llamé, dice, cien veces
a la Necesidad, pero no vino!—
Y Antón replica: —Te equivocas mucho,
pues ella fué quien te cargó el pollino.

CURAS OPORTUNAS

Juan se metió a curandero
aunque era en el arte un topo,
y se ganaba el galopo
con sus curas buen dinero.

Un día llegó a sus puertas
un niño pidiendo cura,
pues tenía la criatura
entrambas piernas muy fuertes.

El curandero le puso
en ellas cierto aparato,
y las tuvo a poco rato
tan derechas como un huso.

—Veamos, dijo un patán
de piernas muy contrahechas,
si a mí me pone derechas
las patas el señor Juan.—

Y es claro, como era rico,
le ofreció lo que quisiera
con tal que se las pusiera
tan derechas como al chico.

Abrió el curandero un ojo
tamaño cuando esto vió,
mas... por más que caviló,
el cojo se quedó cojo.

Demuestran tales sucesos
que quien corregirse quiera
no lo alcanzará si espera
a que estén duros sus huesos.

EL TAPONAZO

Meneaba cierto día
una botella un muchacho,
y la botella decía:

— ¡Estáte quieto, borracho,
mira que cuando me enojo
de todo soy muy capaz!

¡Mira que te salto un ojo
si no me dejas en paz!

Poco esta amenaza vale
a la paciente botella,
que el chico, dale que dale,
sigue jugando con ella.

— Te vas a llevar un chasco
que tu impertinencia ataje,
exclama de nuevo el frasco
bufando ya de coraje.

Y viendo que aquel atún
se burla de su despecho,
fermenta, y el corcho ¡pum!
le salta el ojo derecho.

Nadie al pacífico tiente,
que al fin estalla su enojo,
y se queda el insolente
cuando menos sin un ojo.

EL PINTAMONAS

De las selvas de Guinea
pasó a las hispanas zonas
un simio de cara fea
y se metió a pintamonas.

Al ver los chafarrinones
de su groseros pinceles,
Murillo le dió lecciones
del divino arte de Apeles,
diciendo: «Quizá este mono
con lo que en el lienzo trace
dará a su linaje tono,
que buena falta le hace.»
Se engañó el pintor eximio
en su generosa idea,
que lo que trazó el ruin simio
procedente de Guinea,
así que en trazar figuras
estuvo un poquito diestro,
fué infames caricaturas
de su glorioso maestro.

Y esto prueba, aquí y en Flandes,
que es el sueño de los sueños
esperar acciones grandes
de entendimientos pequeños.

CARLOS DE PRAVIA

(SIGLO XIX)

DIME CON QUIÉN ANDAS...

Un niño cogió un gorrión
que halló en el suelo tendido
y en su casa le hizo un nido
con esparto y algodón.

Creció el pájaro, y a fe
que era lindo en demasía,
pero el pobre no sabía
ni aun cantar el *mi do re*.

Y el niño que lo observó,
dijo para su capote:

—Este pájaro es un zote,
mas he de avisparle yo.

¿No sabe cantar primores
y sabe comer el maula?

Pues le encerraré en la jaula
de los bellos ruisseñores.—

Y dicho y hecho, al momento
le puso en tal compañía,
y el gorrión al otro día
cantaba que era un portento.

El niño que lo escuchaba,
satisfecho de esta prueba,
bajó el gorrión a la cueva
donde dos cuervos guardaba.

Y esta verdadera historia

dice a seguido renglón
que al otro día el gorrión
graznaba que era una gloria.

De ser malo no se asombre
quien con malos pasa el día.
Buena o mala compañía
hace bueno o malo al hombre.

EL ORGULLO

Entre las varias flores
de un lozano jardín, hubo una rosa
tan fresca, tan hermosa,
de tan vivos colores,
que según dicen, era
envidia de la misma primavera.
Sucedió una mañana
que al asomar el sol por el oriente
subió una parda oruga
por el tallo naciente
de la rosa, que al ver tal desacato
la dijo enfurecida:
—Oruga vil ¿te atreves
a hollar con torpe planta mi corola?
¡Tú, villana, ni aun debes
aspirar a la cárdena amapola!—
Al oír este ultraje,
palideció la oruga, y su coraje
fué a ocultar, exclamando
con voz triste y llorosa:
—¡Oh Dios! ¿cuando seré yo mariposa?—

Transcurrido algún tiempo, como todo
tiene en el mundo fin, también le tuvo
la funesta prisión en que yacía
la miserable oruga, y con las alas
renació su alegría,
porque admiraba de la selva umbrosa
las sorprendentes galas,
del río las espumas
y de las aves las rizadas plumas.
Volvió al jardín, y vió que los claveles,
las blancas azucenas
y los morados lirios, levantaban
sus hermosas corolas
y una mirada tierna demandaban.
Del nocturno rocío
la mostraba la rosa blancas perlas,
murmurando:—¡Bien mío,
ven a mi seno nítido a beberlas!—
—Sultana de las flores,
(contestó la pintada mariposa)
¿porque miras mis alas matizadas
de brillantes colores
fijas en mí tus pérfidas miradas?
Oruga, despreciaste
mis caricias, fiada en tu hermosura;
mariposa, me amaste...
yo desprecio ese amor y esa ternura.
¡Al fin cosa de flores
el juzgar por los signos exteriores!—
Dijo, y voló ligera
por la gentil pradera
sin esperar contestación alguna,
en tanto que la rosa

entregaba una a una
sus hojas a las auras fugitivas;
y cuando ya tocaba en el ocaso
el sol amarillento,
lanzó la flor su postrimer aliento.

El que midiere al hombre
por el traje que viste, no se asombre
de ser, mal de su grado,
por el más despreciable despreciado.

PASCUAL FERNÁNDEZ BAEZA

(PONFERRADA, 1798.—† 1861)

EL LAGARTO Y EL ZORRO

A un Lagarto metido en su agujero,
extraordinario ruido
excita la atención; sale ligero,
y lo que ve le deja sorprendido.
En fúnebre carroza, que seguían
antorchas y cantantes,
un féretro enlutado conducían
al panteón seis fuertes elefantes.
A un Zorro, que pasaba allí cercano,
volviendo la cabeza
y la risa cubriendo con la mano,
así le manifiesta su extrañeza:
—Son de un escarabajo funerales
esa pompa tan rara,
digna de risa; pero, en casos tales,
la oculto porque suele salir cara.
¡Tal aparato a objeto tan mezquino!
Por no morir de risa,
al presenciar tan fiero desatino
me zampo en mi agujero a toda prisa.—

Esta lección aprendan los pedantes
que toman el trabajo
de pronunciar discusos *elefantes*
sobre alguna cuestión *escarabajo*.

LA ABEJA Y EL ZÁNGANO

—¿Qué causa, infeliz, he dado
para que me desterréis?—
triste un Zángano decía
a una Abeja, que al dintel
se hallaba de una colmena.—
¿Quieres indicarme a quién
he causado el menor daño?
—A nadie, seguro es—
respondió al punto la Abeja;—
pero ¿cuándo hiciste bien?
¿Basta ser inofensivo
para que comas la miel
que cogemos de las flores?
¿Te gusta holgar? Marcha, pues,
adonde, por no hacer nada,
casa y comida te den,
que aquí tan sólo el trabajo
con fruto consigue prez.—
Sabia y concisa la Abeja
hizo al Zángano entender
que no basta no hacer mal,
es necesario hacer bien.

BARÓN DE ANDILLA

(EL FERROL, 1813.—† 1873)

EL PAVO REAL Y EL GALLO

Al desplegar, de plumas de colores,
su cola un Pavo real, que ni de flores,
decía a las gallinas
que en el corral tenía por vecinas:
«¿Hay quien al ver mi garbo no suspire?
¿Uno que no me envidie y no me admire?—
«Tu gracia, dijo el gallo, amigo, es mucha;
pero en abriendo el pico, ¿quién te escucha?»

Si esta fábula estudia alguna bella,
tal vez se encontrará copiada en ella.

LOS CANGREJOS Y SUS HIJOS

En la margen tranquila de un arroyo,
y metido en un hoyo,
hablaba así a un cangrejo,
joven al parecer, otro ya viejo:
«¿No adviertes, criatura,
que haces andando atrás triste figura?
Camina rectamente:
que en contra, malo es ir, de la corriente.
Si hacia adelante ves que marchan todos,
¿por qué andar cual los míseros beodos?..
De frente, pues, camina;
que el que anda de otro modo desatina.—»

«¿De frente?—le responde
el cangrejillo tímido; y—¿en dónde
he visto, padre mío, a los cangrejos
abandonar sus hábitos más viejos?
¿Has andado jamás de otra manera,
sin llevar como popa la trasera?
¿Soy yo merecedor de tal peluca,
cuando siempre te vi marchar de nuca?..
¿Hallé entre mi familia ni un pariente
que anduviera de frente?..
Yo tu digno trasunto me contemplo:
si otra cosa apeteces, dame ejemplo.»
Al escuchar tan lógicas razones,
el Cangrejo le dió dos coscorrones;
pero exclamó, mordiéndose los labios:
«Vence el ejemplo a los consejos sabios.
¿De qué sirve la más pura doctrina,
si, el que intenta enseñarla, mal camina?»

LOS GUSANOS, EL RATÓN Y EL GATO

Comiendo un rico queso, a unos Gusanos
halló un Ratón, y díjoles: «Villanos,
¿cómo en bienes ajenos
podéis hincar los dientes tan serenos?..
¡Cara vais a pagar vuestra delicia!»
Royó el queso, y matólos con justicia.
Llegó un Gato a este punto,
vió el hecho, y al Ratón dejó difunto;
mas sobre el cuerpo yerto del ratero
el verdugo comióse el queso entero,
y ufano prorrumpió en estas razones:
«Así limpio la casa de ladrones.»

LOS DOS PERROS

Allá en nuestra aldea
cierto cazador,
yendo de perdices
casi siempre en pos,

llevaba dos Perros
de lindo color,
de nariz experta,
de planta veloz.

Uno vigilante,
muy trabajador;
otro negligente,
que tendido al sol
pasaba las horas
junto a su señor.

Cuando disparaba,
como exhalación,

el primero siempre
la perdiz cogió;
el otro del amo
salta en derredor,

ladra, corre, vuelve
adonde salió,
huele el rastro, y lame
con muestras de amor

la mano del dueño,
que, sin distinción,
con tiernas caricias
compensa a los dos.

El bueno, al fin, cauto
los ojos abrió,

y dicen que dijo:

«Si el mismo favor

»recibe el que corre

que el que duerme al sol,

no temáis, perdices,

que os persiga yo.»

VENTURA RUIZ AGUILERA

(SALAMANCA, 1820.—† 1881)

EL RICO Y EL SABIO

Un siglo hará, murióse un opulento,
lo enterraron, y... ¡agur! se acabó el cuento;
de gusanos plagóse el cuerpo frío
y ya nadie se acuerda de aquel tío.

En la siguiente aurora
a un pobre sabio le llegó la hora,
y del gusano vil tampoco libra,
que el cuerpo le manduca fibra a fibra;
quiere roer su nombre... ¡intentos vanos!
La gloria no la comen los gusanos.

LA JUSTICIA

Sintiéndose un nogal ya casi muerto
y lleno de dolores
en la mitad de un huerto,
se dijo un día:—Engordaré de cierto,
si robo el jugo a las vecinas flores.

Su intento vil a practicar empieza,
perdiendo a pocos días
las flores su belleza,
pues todas van doblando la cabeza
sobre el tallo gentil mustias y frías.

Una, en cuya mirada el valor arde,

—¡Ay! (dijo) perecemos
por ti, ladrón cobarde;
mas tú las pagarás temprano o tarde;
y respondió el nogal:—Allá veremos.

De la gruesa raíz al tronco fuerte
sube jugo abundante
que libra de la muerte
y presta bríos al nogal gigante,
insufrible de orgullo con su suerte.

Viéndolo un día el dueño tan robusto,
clamó, desarrugando
el ceño, que era adusto:
—Mañana mismo derribarle mando
para hacer una cómoda a mi gusto.

Pasó, no obstante, un año, y ya tranquilo
descansaba el nogal, cuando a él avanza
un hombre con un hacha, cuyo filo
cortó a su vida el hilo:

Tarde o temprano la justicia alcanza.

LAS DOS TORRES

Una torre elevada y altanera
a otra humilde, y en parte destruída,
insultaba cruel de esta manera:

—Vecina, por mi vida,
has hecho brava suerte,
pues no bien construída
ya te amenazan síntomas de muerte.
Mas ¿qué ha de suceder a quien no cuenta
una fortuna, como yo, opulenta?
Que yo, de noble clase,

que yo, asentada sobre firme base,
yo, sólida y hermosa,
al tiempo desafié... ¡es otra cosa!
¡Pero tú!... ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡pobre hija mía!
Tu suerte aciaga el corazón me parte;
mas ya que no me es dado consolarte,
permíteme, a lo menos, que me ría.

Y en pos soltó, sin compasión ni duelo,
tal carcajada, que se oyó en el cielo.

La otra, a quien nadie en su aflicción socorre,
apenas responder pudo a la torre:

—Celebra, pues te halaga la fortuna,
sin lágrimas ni penas,
las desgracias ajenas,
y la mía, que es negra cual ninguna;
mas ten por entendido
que torres muy soberbias han caído.

Dijo la pobre, y encogióse de hombros,
cuando estallando un huracán violento,
arrancó a su enemiga del cimiento
y su grandeza convirtió en escombros.

*Tú, que vives feliz, rico y contento,
no atormentes a nadie en su caída,
que hay muchos huracanes en la vida.*

CONCEPCIÓN ARENAL

(EL FERROL, 1820.—† 1893)

EL SOBRIO Y EL GLOTÓN

Había en un lugarón
dos hombres de mucha edad,
uno de gran sobriedad
y el otro gran comilón.

La mejor salud del mundo
gozaba siempre el primero,
estando de enero a enero
débil y enteco el segundo.

—¿Por qué—el tragón dijo un día—,
comiendo yo mucho más
tú mucho más gordo estás?
No lo comprendo, a fe mía.

—Es—le replicó el frugal—
y muy presente lo ten,
porque yo digiero bien,
porque tú digieres mal.

Haga de esto aplicación
el pedante presumido
si porque mucho ha leído
cree tener instrucción;
y siempre que a juzgar fuere
la regla para sí tome:
No nutre lo que se come,
sino lo que se digiere.

TEODORO GUERRERO

(LA HABANA, 1824.—† 1905)

LA PLUMA Y LA ESPADA

Una pluma de ganso mal cortada
el reposo buscaba en el tintero,
y a su lado una espada
de fina punta y de templado acero,
que gozar del descanso no sabía,
dijo a aquélla con poca cortesía:

—«¡Quita allá, que me tiznan tus borrones!
Sé que, contenta con tu suerte negra,
te vendes por doblones,
y el alma se te alegra
al destrozar en un papel manchado
con un rasgo el honor de un desgraciado.»

La pluma le contesta muy ufana:

—«Es verdad que me vendo por dinero;
manchada estoy; mas me parece, hermana,
que en tu bruñido acero

adivino una mancha colorada
que te debe tener avergonzada.

—¡Es sangre de un villano!

—¿Y te pagaron mucho, hermana mía,
por cometer tamaña alevosía?

—¡Nunca mis fieros golpes doy en vano!

—Venga, amiga, la mano;

las dos nos comprendemos;
que iguales manchas que tapar tenemos.»

*Si a vivir mal te arrastra tu destino,
no te metas en casa del vecino;
obra con rectitud y con nobleza,
y levanta orgulloso la cabeza.*

EL MAL CONSEJERO

Un gusano de seda
solícito en sus hebras trabajaba:
mientras más las enreda,
más fuerte en su capullo hace la traba.
Una colmena en el jardín había,
y un zángano decía
a las abejas con donosa zumba:
—«Debemos ayudar a ese gusano,
pues no ve que su tumba
está labrando con su propia mano.»

*No has de ser con el prójimo inhumano:
si ves que ciego, por maldad o vicio,
busca su perdición como el gusano,
tiéndele al punto salvadora mano:
no le dejes correr al precipicio.*

EL TALENTO

Una camelia orgullosa
dijo a una modesta rosa:
—«¡Qué! ¿No envidias mi arrogancia?»

Y contesta:—«Eres hermosa,
mas no tienes mi fragancia.»

*La persona inmodesta
se expone a recibir esa respuesta.
Pues qué, ¿no se oscurece la hermosura
donde el talento con su luz fulgura?*

RAIMUNDO DE MIGUEL

(BELORADO, 1816.—† 1878)

EL GRILLO Y EL RATÓN

Cierta mañana de mayo,
queriendo hacer ejercicio,
por las márgenes de un cauce
salió de paseo un Grillo.

Como cantase una rana
entre los juncos floridos,
se detuvo, y desdeñoso
tales palabras le dijo:

«Cállese la vocinglera,
basta ya de gorgoritos,
que su canto es, más que canto,
una especie de ronquido.»

De nuevo emprendió la marcha
muypreciado de sí mismo,
sin aguardar la respuesta
que preparaba el anfibio.

Un caracol vió más lejos
deslizándose tranquilo
por el tallo de una planta
salpicada de rocío:

«¡Vaya un correo! le dice:
a ese paso, buen amigo,
pronto llega a la posada
si no es muy largo el camino.

No sé por qué el alto Cielo

crió semejante bicho,
que sobre ser él tan torpe
lleva la casa consigo.»

Vió más lejos, continuando
su paseo matutino,
que reculaba un cangrejo
entre las algas del río.

Notó de un simple vistazo
sus tenazas, sus anillos,
y aquellos dos perdigones
que de ojos hacen oficio.

«¡Cómo! le dice con sorna;
¿no era sobrado castigo
haber nacido tan feo
sin andar también torcido?

En mis varias excursiones
muchas rarezas he visto,
mas no tenía noticia
de engendro tan peregrino.»

—«¡Charlatán! ¡Basta de insultos!,
gritó en esto de improviso
un Ratón que le observaba
y todo lo había oído.

¿De tan perfecto presumes
que vas rebuscando vicios
para llenar de improperios
a cuantos coges a tiro?

Ponga usted freno a su lengua,
o me echo encima de un brinco
y de cuatro dentelladas
sin piedad le descuartizo.

Viva usted como Dios manda
y deje quieto al vecino,

que todos tenemos algo
de que estar arrepentidos.»

Cobarde, entre la maleza
se esconde entonces el Grillo,
temeroso de que en hechos
se convirtieran los dichos.

*Aprendan los maldicientes
que corren grave peligro
de oír con razón fundada
lo que el Ratón dijo al Grillo.*

EL SABIO Y EL LIBRO

Un Sabio cierto día
curioso penetró
no sé en qué biblioteca
de rara estimación;
y hojeando un bello tomo
decía a media voz:

«¡Magnífico! ¡soberbio!
¡No vi cosa mejor!»

Entusiasmóse el Libro
y al punto replicó:
«Tú al menos eres justo
cual nadie ¡vive Dios!

Otros me llaman tonto,
y aun han dicho que soy
del más menguado ingenio
monstruosa concepción.»

—«Lo creo, dijo el Sabio;
mas lo que admiro yo

no pienses que es tu fondo,
es la encuadernación.»

*Si deslumbrar pretendes
con trajes de valor,
ponderarán tus galas,
pero tu juicio no.*

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(SEVILLA, 1821.—† 1888)

EL MIRLO Y EL GUSANO

Dijo a su mirla querida
el Mirlo de sus amores:
«Si no hubiera cazadores
¡cuán dichosa nuestra vida!

Un Gusano que esto oyó,
dijo con voz lastimera:

«Si gusanos no comiera
el mirlo, ¡cuán feliz yo!»

Claro, lector, hallarás
de este apólogo el sentido:

*No se queje si es comido
quien se come a los demás.*

LOS DOS BURROS Y EL POTRO

Dijo un Burro matalón
a otro Burro su pariente:
—Tu rebuzno es más potente
que el rugido del león.

Con grave acento profundo
respondióle el otro ufano:

—Cuando rebuznas, hermano,
se estremece medio mundo.—

Oyendo lo cual un Potro
exclamó:— ¡Bien me lo explico!
¡Qué gran cosa es un borrico
cuando es medido por otro!—

La consecuencia es palmaria
y el efecto bien probado:
los burros han inventado
la fama comanditaria.

RAFAEL POMBO

(BOGOTÁ, COLOMBIA, 1833.—† 1912)

EL CABALLO Y EL GORRIÓN

Dijo al Caballo el Gorrión:
«Tu comedero está lleno,
mientras yo bostezo y peno
sin migaja de ración.

Dos granos menos o más
¿a ti qué te importa, di?
¿Podré tomarlos de aquí,
o tú te incomodarás?»

Y el Caballo respondióle:
«Trátame con más confianza;
hay para entrambos, y alcanza
para tu amada y tu prole.»

—«¡Gracias! trinó el pajarito,
y sin temor ni querella
comieron de una gamella
como hermano y hermanito.

Vino el verano, y con él
mil moscas desesperantes
que de su sangre anhelantes
cayeron sobre el corcel.

Pero el Gorrión, sin esfuerzo,
sirvióle de policia,
pagando así cada día
el hospitalario almuerzo.

EL PINZÓN Y LA URRACA

—Enséñame una canción,
dijo la Urraca habladora
al gajo y diestro Pinzón,
que saludaba a la aurora.

—¿A ti? repuso éste, ¡vaya!
No te burlarás de mí;
a pájaros de tu laya
¿quién pudo enseñarles, di?

—¿Y por qué—Porque es preciso
para aprender, escuchar,
y un charlatán nunca quiso
dejar hablar, sino hablar.

LA ZORRA Y EL MONO

Dijo a la Zorra el Mono
con jactancioso tono:

—«¿Quién mi talento excede?
Nómbrame un animal
al cual yo no remede
con perfección cabal.»

—«Y tú, soberbia alhaja,
responde la marraja,
nómbrame alguna bestia
que quiera baladí
tomarse la molestia
de remedarte a ti.»

LAS DOS REJAS DE ARADO

Tras de largo reposo
la reja de un arado
habíase tomado,
y caduca, inservible parecía.
Vió pasar otra reja,
su hermana y su pareja,
que reluciente y en flamante estado
de su labor volvía,
y díjole:—«¿Por qué, si el mismo día
del mismo material y el mismo hierro
salimos todas dos, tú estás lozana
como un peso acuñado esta mañana;
mientras que yo, cual sucio pordiosero,
deslustrada vegeto y degenero?
¿Dónde te embelleciste, y cómo y cuándo?
—Hermana, trabajando.

EL HALCÓN Y LA GALLINA

—«Eres la más ingrata criatura,»
apostrofó el Halcón a la Gallina.
—«¿Pero ingrata con quién?»—«¡Calla, mezquina!
»Con quien te da corral, grano y holgura.
»Y despues, si esa mano generosa
»te quiere acariciar, lo olvidas todo,
»y alharaquenta y con grosero modo,
»como de un enemigo huyes medrosa.
»Yo, que nada les debo mientras vivo,
»yo, que salvaje de carácter soy,

»coger me deajo y do me mandan voy
»a la menor caricia que recibo.»

—«Eso es verdad, dijo ella; y a mi juicio
»ambos tenemos sólidas razones:
»tú nunca viste al hombre asando halcones,
»mientras que asar gallinas es su oficio.»

EL ZORRO Y EL LEOPARDO

Soberbio de sus pintas un Leopardo
murmuraba gallardo:

«¿Qué animal vale lo que valgo yo?

—«¡Viva tanta modestia!—

el satírico Zorro contestó.—

«Ella sólo confirma

»lo que ya el mundo afirma:

»que Su Excelencia es una linda bestia.

»Pero, con su perdón, no envidio mucho

»los aplausos que escucho,

»ni esa opulencia, orgullo y hermosura

»fundadas del pellejo en la pintura;

»y yo, entre mí, quedara muy contento

»con el don del talento,

»brillo que siempre luce y nada empaña,

»belleza de sustancia y de ornamento

»que gana con el trato cada día,

»y la única que el tiempo no avería

»cuando todas las otras borra o daña.»

Y el sabio fué de la opinión del Zorro:
ni hombres ni libros valen por el forro.

JUAN LEÓN MERA

(AMBATO, ECUADOR, 1832.—† 1894)

EL CUERVO Y LA ZORRA

A un Cuervo hediondo y necio
que el cadáver de un burro se engullía,
trató la Zorra con burlón desprecio;
mas el Cuervo después subióse un día
a una alta parra de racimos llena.
Llega la Zorra, pero ve con pena
que no puede alcanzar al dulce fruto;
entonces fué que el animal astuto
al despreciado Cuervo así decía:
«¡Oh pájaro el más bello y el más noble,
con justicia elevado a esas alturas!
Echame de las uvas ya maduras,
y en pago Apolo su favor te doble.»
¿La misma Zorra al Cuervo vil dijo esto?
¡Cuánto vale ocupar un alto puesto!

EL CIERVO Y LA LIEBRE

En un bosque dilatado
grande silencio reinaba,
y un Ciervo que allí emigrado
llegó, dijo consolado:
«¡Hallé la paz que buscaba!»
«Este silencio no es paz

—contestó la liebre triste;—
aquí hay un tigre voraz
que arredra hasta al más audaz
y no hay de miedo quien chiste.»

Así pueblos conocemos
donde un tirano opresor
silencio impone, y creemos
que es paz lo que en ellos vemos,
cuando es tan sólo terror.

MANUEL DEL PALACIO

(LÉRIDA, 1832.—† 1907)

LOS PEDAZOS DE MÁRMOL

Al pie de una cantera
de mármol de Carrara,
varios gigantes bloques
restos de una gran ruina semejaban;
mientras otro, movido
por cuerdas y palancas,
a un carro conducían
muchos obreros en alegre zambra.

Diez poderosos bueyes,
uncidos por el asta,
iban la inmensa mole
a llevar a través de la montaña;
y cuando al recibirla
rechinaron las tablas,
oyóse en el espacio
sordo rumor de voces y amenazas.

—¿Por qué nos abandonas?
las piedras murmuraban;
¿qué buscas en tu orgullo
fuera de estas regiones solitarias?
—El hombre me ha elegido,
respondió la arrastrada,
para que al mundo admire,
centinela perpetuo de su fama.

Si hasta hoy he sido roca,

mañana seré estatua;
no tengo yo la culpa
de ser la más hermosa y la más blanca.

—Piedad antes que enojo
en nosotras hallaras
si cautiva a la fuerza
de tu profanación no hicieses gala.

Pero en vano te engríes,
la vanidad te engaña,
que aun cambiando de forma
piedra serás cual somos tus hermanas;
y antes de que te eleves
del vulgo a las miradas,
¡no sabes tú los golpes
de cincel y martillo que te aguardan!

Los hombres en la tierra
son mármoles con alma,
y si éstos al labrarse dejan polvo,
aquéllos dejan lágrimas.

EL ESCAPE DEL BURRO

Cuesta arriba en su pollino,
sintió el vanidoso Blas
que galopaba detrás
el caballo de un vecino.

Por no cederle el camino
a la albarda se aferró,
y tanto y tanto picó,
que escapado y sin aliento,

logró subir el jumento
a donde el caballo no.

Casos como éste, a fe mía,
se ven aquí cada día,
pues, más grandes o más chicos,
si la vanidad los guía,
suben mucho los borricos.

EL ENTRESUELO Y LA BUHARDILLA

Tuvieron, como es uso entre vecinos,
ruda y formal contienda
un entresuelo rico y elegante
y una buhardilla estrecha.

—¡Miserable! gritaba el entresuelo.

¿Sabes por qué galleas?

Porque mi posición subir me impide
a cortarte la lengua.

Quien descubrir intente lo que vales
pregunte lo que cuestas;

o de tus amadores oiga el coro
cuando de ti reniegan.

¡Infeliz! un abismo nos divide

no de varas, de leguas;

yo soy gentil, espléndido, lujoso;

tú sucia, pobre y fea.

Calla, pues, y de aquel que te sostiene
burlarte no pretendas,

que torres que se fundan en el viento,
el viento se las lleva. —

Sonó una carcajada en las alturas
alegre y desenvuelta,

y dijo la buhardilla, hacia la calle
sacando la cabeza:
—De imbéciles fué siempre darse tono;
aprieta, chico, aprieta,
que al fin naciste bajo, y de tan bajo
los tiros no me llegan.
Tú tendrás cuanto dices, no lo dudo,
ruido, anchura, opulencia;
yo en cambio tengo luz y la prefiero
a todas tus grandezas.
Del alba en los magníficos celajes
mi vista se embelesa,
y el rayo de la luna me ilumina
que el Hacedor te niega.
Y cuando en flores pródiga y perfumes
viene la primavera,
en rededor de mí batiendo el ala
los pájaros gorjean.—

¡Santa resignación! ¡Qué dulce harías
del hombre la existencia,
si a menudo no fueran tus andrajos
disfraz de tu soberbia!

LA SERPIENTE Y LA ABEJA

Sobre el cáliz de una flor
que en verde tallo se alzaba,
y entre todas descollaba
por su perfume y color,
halláronse frente a frente,
al despuntar de la aurora,

una Abeja zumbadora
y una pintada Serpiente.

Las dos libando a la vez
mudas quedaron un rato,
siendo en la Abeja recato
lo que en la Sierpe doblez,
hasta que alzando la Abeja
la voz que al cielo debió,
así a la Serpiente habló
en son de agravio y de queja:

—Nunca a mi lado te vi,
y por las señas sospecho
que nadie te dió derecho
para subir hasta aquí.

Vete, pues, y de estas galas
la pureza no desdores;
que sólo vive entre flores
quien ha nacido con alas.—

Silbó la Serpiente altiva
enroscándose furiosa,
y sobre la fresca rosa
escupiendo su saliva,

dijo:—Castigada estoy,
pues conozco por mi mal
que ni puedo ser tu igual,
ni dejar de ser quien soy.

A levantarme del lodo
en mal hora me atreví,
cuando envidiosa de ti
busqué de imitarte modo.

Mas mi destino cruel,
a toda dulzura ajeno,
me aparta de este verjel;

que en mí se torna veneno
lo que tú cambias en miel.—

Dicha que el alma ha sentido,
beso que venció al recato,
perfume nunca extinguido,
¡miel para el agradecido!
¡veneno para el ingrato!

DANIEL BARROS GREZ

(CURICÓ, CHILE, 1834.—† 1904)

LA ZORRA Y EL BUSTO

Según cuenta don Félix
María Samaniego,
y La Fontaine lo mismo,
después de Esopo y Fedro,
«dijo la Zorra al Busto,
después de olerlo:

—Tu cabeza es hermosa,
pero sin seso.»

Mas yo he sabido después
que, por permisión de Dios,
arrugando el entrecejo
el buen Busto contestó:

«Cierto es que no tengo seso,
mas sirvo de adorno, y soy
de todos los transeuntes
la constante admiración.

A nadie hice mal ninguno,
y aunque sin talento estoy,
el arte rival me hizo
de natura en perfección.

Pero a ti, animal perverso,
¿de qué te sirve el honor
de estar provisto de sesos,
si te falta discreción?

No sabes más que hacer daño,

bicho cobarde y traidor,
y tu puntiagudo hocico
se ceba en la destrucción
de animales inocentes,
con sensualidad atroz.

A mí nadie me desprecia,
nadie me guarda rencor,
y honrado en mi pedestal,
do el arte me puso, estoy,
mientras que a ti te persiguen
todos cual a vil ladrón.»

¡Cuántos raposos astutos
en el mundo he visto yo,
que creen reirse del busto
y merecen el sermón!

ANTONIO CAMPOS Y CARRERAS

(ALICANTE, 1840.—† 1870)

LA LECCIÓN

Una rana veía
cómo un águila alzaba
el vuelo al firmamento:
—«Dentro de mí yo siento, —
al águila decía, —
»ganas también de alzarme por el viento.
»Una lección quisiera.
»Di ¿qué he de hacer para volar, hermana?» —
Y contestóle el águila altanera:
«Amiga, muy sencillo: no ser rana.»

NADIE SE CONTENTA CON SU SUERTE

Decía el elefante
al ruiñeñor oyendo:
—«Diera mi grande mole de gigante
»y los dos tercios de mi larga vida
»por el dulce sonar de tu garganta.»
Y el ruiñeñor le dijo:
—«Pues el dulce gorjeo que te encanta,
»¡cosas del mundo, hijo!
»yo gozoso lo cambio
»por vivir solo un tercio
»de tu larga existencia.»

*¡Oh, de la vida humana
envidiosa tendencia!
Fija la vista en los ajenos bienes
no aprecias el valor de los que tienes.*

EDUARDO DE LA BARRA

(SANTIAGO DE CHILE, 1839.—† 1900).

EL INVENTOR

Un fósforo prendió un día
un chicuelo inocentón,
y fué tanta su alegría,
que al pobre le parecía
que era suya la invención.

Mostrólo a todos ufano,
como obra de su testuz,
y acaso el chicuelo vano
llegó a creer de su mano
la creación de la luz.

ORO Y PAPEL.

En el fondo del mar una guinea
como un ojo de fuego relucía;
el hombre codicioso no lo sabe,
los peces ni la miran!

¿De qué sirve la efigie de Victoria
en buen oro acuñada, si perdida
en la arena reposa oscuramente
sin saludar al día?

Entre tanto, del banco los billetes
de grandes y pequeños la codicia
excitan poderosos, y grasientos
van a manos pulidas.

Y todos reverentes los acatan,
los buscan, los atraen y acarician,
y ellos vuelan cual aves veleidosas,
en incesante gira.

Así conozco yo sin valor propio
personajes-billetes en la vida,
que figuran merced a que algún bando
los usa con su firma.

Y hombres-guineas, probos y entendidos,
vegetan ignorados en provincia:
los gobernantes ciegos no lo saben,
¡los peces ni los miran!

EL CINTURÓN DE ORO

De California volvía
un joven aventurero,
y en un cinturón de cuero
águilas de oro traía,
y la vida en su dinero.

Sobre el mar que late en calma
el sol del trópico brilla,
y meciéndose en la quilla,
plácida adormece el alma
la perezosa barquilla.

Mil ensueños de grandeza,
ensueños mil sonrosados,
bellos, ardientes, dorados,
en la juvenil cabeza
nacían atropellados.

La calma a soñar convida;
mas, en zozobra el sosiego

se trueca al grito de «¡fuego!»
y ante el riesgo de la vida,
reina soberano el ego.

Brota la llama perversa
amenazante y traidora,
y con luz siniestra dora
del mar la lámina tersa
y la barquilla devora.

El mozo, desesperado
y partido el corazón,
el pesado cinturón
se ciñe, descaminado
por su engañosa ambición.

Desatraca el bote en tanto
porque la llama ya apura,
¡y se aleja! — ¡Oh desventura!
¡Y se aleja! — ¡Oh cielo santo!
¡Y lo deja! — ¡Suerte dura!...

Audaz a la mar se lanza
con firme resolución;
pero fué su perdición
el oro de su esperanza
que lleva en el cinturón.

Aquel poderoso lazo,
fábrica de su egoísmo,
para siempre, por sí mismo,
como un diabólico abrazo
lo sujetó en el abismo.

¡Cuántas veces las riquezas
no trastornan las cabezas
con loca fascinación!
Recuerda, niño, que empiezas,
el cuento del cinturón.

VENTURA MAYORGA

(MADRID, SIGLO XIX)

EL LORO Y EL BURRO

Un pobre Burro, ¡burro desgraciado!, con su carga en el lomo caminaba de tal modo agobiado, que a su excesivo peso se doblaba. Un Loro charlatán en el camino hallóse al pobre Burro; y observando que, cansado y mohíno, iba casi arrastrando, díjole:—Burro amigo, mucha carga lleváis, se me figura; si no hacéis ahora mismo lo que os digo bien pronto encontraréis muerte segura. Lo que tanto os fatiga es el exceso de vuestra carga; y si ahora en el instante dejarais la mitad, con menos peso fácilmente salierais adelante. —No puedo—dijo el Burro suspirando— hacer lo que decís, y me es forzoso llevar todo este peso, aunque arrastrando y sin darme un momento de reposo, encontrara la muerte en el camino;— y cansado como antes y mohíno, volvió a emprender su marcha interrumpida, lamentando su pobre y triste vida. Así siguió marchando largo trecho;

pero tanto la carga le pesaba,
que al subir un repecho
sintió que ya su fuerza se agotaba
y exámine cayó medio deshecho.
El Loro, que los pasos le seguía,
díjole entonces:—Ya lo veis, amigo,
al fin os sucedió lo que decía;
de vuestra obstinación ved el castigo.—
Alzó el Borrico la abatida frente,
y mirándole al Loro de soslayo,
díjole débilmente:

—Si en vez de hablar así, seor papagayo,
cuando me visteis por la vez primera
me dierais vuestra ayuda, de seguro
del modo que me veo no me viera;
porque lo que hace falta en un apuro
no son palabras más o menos rudas,
que nada son palabras sin ayudas.

*Noble género humano:
aprende lo que dijo el Burro al Loro.
Cuando en peligro mires a un hermano,
guarda de tus palabras el tesoro
y, en vez de aconsejar, dale la mano.*

JOSÉ ESTREMER

(LÉRIDA, 1852.—† 1895)

LA MARIPOSA Y LA HORMIGA

—Yo soy la mariposa,
y voy de flor en flor.

—Yo soy la pobre hormiga,
y por la tierra voy.

—Dichosa es mi existencia
al trascurrir veloz.

—Mi vida es miserable;
no puede ser peor.

—¿No hay flores en el mundo?

—¿Qué es para mí una flor?

—¿No admiras los colores
que Mayo les prestó?

—Sólo su tallo veo,
y temo el aguijón

de las espinas duras
que esgrime alrededor.

—Míralas por encima,
verás qué bellas son.

—¡Es que tú tienes alas
y no las tengo yo!

EL PASTOR Y LOS CORDEROS

Experto, vigilante,
precavido y celoso
era de sus corderos
guardián el buen Jeromo.
Para vivir alerta,
tenía seis u ocho
mastines en su aprisco
cerrado a piedra y lodo.
Decía a sus corderos:
«¿Quién en estos contornos,
estará tan guardado
como lo estáis vosotros?
Gracias a mis desvelos,
como amo cariñoso,
podéis vivir tranquilos
y sin temor al lobo.»
Los corderos ¡es claro!
reventaban de gozo
y gratitud al verse
cuidados de aquel modo.
Cuando los tuvo el amo
bien rollizos y gordos,
los iba al matadero
llevando unos tras otros.
Y al ver los infelices
correr sangre del prójimo
y que el cuchillo estaba
al sacrificio pronto,
así al pastor decían
con un pesar muy hondo:
«¡Canario! ¿Y para esto
nos guardabas del lobo?»

LÓGICA

Se vió acusado un lobo carnicero
por haber dado muerte a un compañero;
él mismo su proceso defendía,
y así al juez—que era un asno—le decía:
—Es cierto que he matado a mi vecino,
mas no puede llamárseme asesino;
por sus malas acciones
tuve para matarle mil razones.—

A lo cual dijo el juez muy indignado:
—¡Posible es que tal cosa se proclame!
¡Nunca hay razón para matar, infame!...
Por consiguiente, morirás ahorcado.

LOS FAVORES DEL MUNDO

Jamás había visto
el gato Marramiz más que la casa
en que nació, y estaba tan bienquisto
que nunca tuvo en la comida tasa.

Dábale la fregona Mariquilla
por la mañana un trozo de cordilla;
cuando el amo comía o almorzaba,
él, con la cola enhiesta y encorvado,
en las piernas del amo se frotaba,
y triste e impaciente y obstinado,
cual pidiendo limosna, le maullaba.

Siempre encontró propicio
al señor, que le daba el desperdicio;
y después satisfecho,

sin decirle siquiera «buen provecho,»
iba junto a la hermosa chimenea
y allí, sin otra idea
que su comodidad, sin pena alguna,
se pasaba las horas y las horas
bendiciendo su pródiga fortuna.

Vió a otro gato vecino cierto día,
y así le habló:—Mi amigo ¡qué amo quiso
darme la suerte pía,
que jamás se mostró conmigo avara!
Él me tiene lo mismo que estaría
el Adán de los gatos
allá en el paraíso,
por mi bonita cara.

Y diz que el otro contestó ligero
estas sabias razones:

—No es por tu linda cara, compañero,
sinó porque le espantas los ratones.

« sin decirle siquiera » bien provecho »

iba junto a la ventana y miraba

y allí, sin otra idea

que su comodidad, sin pensar en nada

se estaba la hermosa y la hermosa

pendiendo en profunda calma. Y cuando se

Vista otro giro vino hacia ella, la ve y

y así le habló:— Mi amigo, mira que cosas

durante la noche, ¿verdad? ¿verdad?

que jamás se me olvidan, ¿verdad?

El me tiene en algunas circunstancias

el Adán de los gases, ¿verdad?

— ¡Por Dios, que tal cosa me ha pasado!

por mi buena cama, ¿verdad?

Y dice que el otro continúa ligando

estas cosas razones:

— No es por tu linda cara, compañero,

sino porque te espere las razones.

— ¿Qué cosas son?

— Pues, el que me ha pasado, ¿verdad?

que me ha pasado, ¿verdad?

que me ha pasado, ¿verdad?

— ¡Dios mío, que cosas son!

— Pues, el que me ha pasado, ¿verdad?

— Siempre enojado por eso.

— ¡Señor, que le daba el corazón!

y después satisfecho.

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Introducción.....	5
TOMÁS DE IRIARTE	
El Oso, la Mona y el Cerdo.....	9
El Burro flautista.....	10
Los dos Conejos.....	11
El Pato y la Serpiente.....	12
La Ardilla y el Caballo.....	13
La Rana y la Gallina.....	14
FÉLIX MARÍA SAMANIEGO	
El Muchacho y la Fortuna.....	15
El Labrador y la Cigüeña.....	15
Los dos Amigos y el Oso.....	16
El Zagal y las Ovejas.....	17
El Gallo y el Zorro.....	18
La Leona y el Oso.....	19
FRANCISCO GREGORIO DE SALAS	
El Muchacho y la Abeja.....	21
JOSÉ AGUSTÍN IBÁÑEZ DE LA RENTERÍA	
La Vieja y el Espejo.....	22
El Cangrejo y su Madre.....	22
El Carbonero y la Lavandera.....	23
Las Liebres y las Ranas.....	23

	Pág.
Los animales de máscara.....	24
El Tigre y el Perro.	26

RAMÓN DE PISÓN Y VARGAS

El Mico, el Loro y el Raposo.....	28
El Raposo y el Burro.....	30
La Mona y el Gato.	32
El Elefante y el Gozque.....	33

VICENTE RODRÍGUEZ DE ARELLANO

El Cuerdo y el Necio.....	35
---------------------------	----

DIONISIO SOLÍS

El Cervatillo.....	37
Las Ranas y las Cañas.....	39
El Asno, el Buey y el Caballo.....	41

DOMINGO DE AZCUÉNAGA

El Mono y el Tordo.....	44
-------------------------	----

CRISTÓBAL DE BEÑA

La Mariposa y el Canario.....	45
-------------------------------	----

PABLO DE JÉRICA

El Ratón dentro del queso.....	47
El León enfermo y la Zorra.....	49
El baile de los brutos.....	50
El Ratón y su Hijo.....	51
El Caballo y su Amo.....	52
La Gallina y la Urraca.....	53

RAFAEL GARCÍA GOYENA

Los Perros.....	55
-----------------	----

JOSÉ JOAQUÍN DE MORA

El Elefante y la Zorra	58
El Amo y el Criado	59
El Sordo y el Ciego.....	60
El Hombre y el Arbol.....	61

FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA

El Topo y el Gusano de luz.....	63
---------------------------------	----

ANTONIO JOSÉ DE IRISARRI

La Abeja y la Hormiga.....	65
----------------------------	----

MIGUEL AGUSTÍN PRÍNCIPE

La Culebra y la Anguila	68
El Mosquito y el Buey.....	68
El Mono y el Cerdo	69
La Mendiga y los dos Niños	69

RAMÓN DE CAMPOAMOR

El Chico, el Mulo y el Gato.....	72
La Encina y el Rosal	72
Los dos Gorriones.....	73
El Cuervo y el Reptil	74
El Médico y el Inválido.....	74
El Pastor y el Navío.....	75

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

La Zarza	77
Esopo y el Borrico.....	77
El Peral.....	78
El Rruiseñor y la Calandria.....	78
Júpiter y la Oveja	79
El Cangrejo	80

	<u>Pág.</u>
ANTONIO DE TRUEBA	
La Necesidad.....	82
Curas oportunas.....	84
El Taponazo.....	85
El Pintamonas.....	85
CARLOS DE PRAVIA	
Dime con quién andas.....	87
El orgullo.....	88
PASCUAL FERNÁNDEZ BAEZA	
El Lagarto y el Zorro.....	91
La Abeja y el Zángano.....	92
BARÓN DE ANDILLA	
El Pavo Real y el Gallo.....	93
Los Cangrejos y sus Hijos.....	93
Los Gusanos, el Ratón y el Gato.....	94
Los dos Perros.....	95
VENTURA RUIZ AGUILERA	
El Rico y el Sabio.....	97
La Justicia.....	97
Las dos Torres.....	98
CONCEPCIÓN ARENAL	
El Sobrio y el Glotón.....	100
TEODORO GUERRERO	
La Pluma y la Espada.....	101
El mal consejero.....	102
El talento.....	102

	Pág.
RAIMUNDO DE MIGUEL	
El Grillo y el Ratón	104
El Sabio y el Libro.....	106
MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ	
El Mulo y el Gusano.....	108
Los dos Burros y el Potro.....	108
RAFAEL POMBO	
El Caballo y el Gorrión.....	110
El Pinzón y la Urraca	111
La Zorra y el Mono	111
Las dos rejas de arado.....	112
El Halcón y la Gallina.....	112
El Zorro y el Leopardo	113
JUAN LEÓN MERA	
El Cuervo y la Zorra.....	114
El Ciervo y la Liebre	114
MANUEL DEL PALACIO	
Los pedazos de mármol.....	116
El escape del burro.....	117
El entresuelo y la buhardilla.....	118
La Serpiente y la Abeja.....	119
DANIEL BARROS GREZ	
La Zorra y el Busto.....	122
ANTONIO CAMPOS Y CARRERAS	
La lección	124
Nadie se contenta con su suerte	124

EDUARDO DE LA BARRA

El inventor	125
Oro y papel.....	125
El cinturón de oro.....	126

VENTURA MAYORGA

El Loro y el Burro.....	128
-------------------------	-----

JOSÉ ESTREMER

La Mariposa y la Hormiga.....	130
El Pastor y los Corderos.....	131
Lógica	132
Los favores del mundo	132



486

(c) Insti